

La Noche Anterior

José Rodríguez Castro

1.

La noche anterior había yo tomado café negro acompañado con galletas de sal. Después, cuando caminaba por el pasillo para entrar a mi cuarto y acostarme escuché ruidos y salí de la casa para tirarles piedras a los gatos que aullaban encima del tejado. Al entrar escuché una voz a mis espaldas muy parecida a la mía y tuve un mal presentimiento, sintiendo un ligero y justificado temor. Recuperado, atravesé la sala, los pasillos y entré para bañarme con agua tibia y rocié mi cuerpo con alcohol alcanforado. Disfruté un frescor repentino y respiré profundo. Mis pulmones se expandieron y sentí una sensación de profundo alivio. Hacía mucho calor y decidí acercar mi rostro al espejo y mis ojos me revelaron cierta melancolía como aquella cuando se dice adiós a una persona que se ama. En ese instante recordé entonces los barcos en el muelle. Hacía tiempo que no lo visitaba. Había perdido el interés de ver llegar y salir barcos hacia otras partes del mundo que me llenaban de sueños y fantasías asombrosas. En otras ocasiones, como ésta, imaginaba escuchar las palabras de Divina Sara cuando me cuestionaba porque, según ella, mis ojos le escudriñaban su alma, pero no acertaba porque al posar su mirada en mi semblante, yo tenía la idea de que era ella quien intentaba hallar algo desconocido en mi interior. En ciertas ocasiones se detenía y me observaba curiosamente. Me interrogaba ¿en qué piensas? No pienso en nada, contestaba, sorprendido, sólo te miraba y trataba de conocerte, le confiaba. ¡Qué bárbaro contigo! Expresaba y movía la cabeza con cierto gesto de incredulidad y una ligera sonrisa de desaprobación.

Acerqué aún más el rostro al espejo y no encontré más que líneas marcadas en la piel por los años y deslicé dos de mis dedos sobre mi piel surcada por arrugas y dije, cuántos años, y sonreí y lancé un suspiro de aprobación y generosidad conmigo mismo. La vida era más fugaz de lo que alguna vez había podido imaginar y ese instante miré hacia la pared donde había un cuadro con la fotografía de mis padres. Los dos, se veían felices. Qué felicidad tan efímera pensé y traté de penetrar mi mirada en aquellas imágenes marchitas por el tiempo y sentí una perturbadora soledad y pensé que de no ser por la maravillosa imágenes de mis padres no tendría la posibilidad de apreciar un acto de felicidad, tal vez la más importante. Miré unos minutos la

fotografía apolillada. Mis padres estaban ahí frente a mí, sonriéndome, jóvenes y mostrando una eterna felicidad, seguro, que entonces no pensaban en la muerte, como tampoco que un día se verían en el espejo, dándose cuenta que se habían envejecido con sorprendente fugacidad. En estos instantes supe que esta fotografía retuvo un momento maravilloso que no se repetiría nunca jamás y que mientras no se extraviara o borrara seguiría mostrando ese pedacito de tiempo capturado para alegría de mis ojos.

Luego de dar varias vueltas por la habitación como buscando algo, decidí revisar los periódicos y tomé uno al azar y abrí sus páginas y me sorprendió el número de esquelas publicadas. Este día habían muerto más personas que en otras ocasiones. Leí nombres y apellidos sin conocer a nadie y a cada una de ellas le agregué notas escritas al margen analizando las posibles causas de sus muertes, pero como siempre, ninguna convincente. Algunas han de haber muerto de amor y otras por enfermedad mental o tal vez por enfermedades inexplicables. Tiré las páginas del periódico al suelo y sentado en el borde de la cama hice algunas correcciones, con lápiz, al artículo que enviaría al otro día al diario. El calor me corría por todo el cuerpo. Sin mayor malestar me tiré en la hamaca y afirmando un pie en el suelo hice mecarme fuerte que pensé tocar el techo y sentí un aire agradable y una sensación de descanso. Alcancé, con una mano y gran rapidez, la Biblia que estaba sobre una mesita donde tenía varios libros que leía los sábados por la noche o domingos por la mañana. Luego de un largo bostezo traté de leer un Salmo. Mi empeño fue poco porque apenas había leído unas cuantas líneas cuando dejé la Biblia abierta sobre mi pecho. Me sentí sofocado más que nunca por el infernal calor. Mis ojos se cerraron pero no conseguí conciliar el sueño hasta después de la media noche. En eso estaba cuando alcancé a escuchar un trueno lejano que pronosticaba el primer aguacero de septiembre y recordé rápidamente mi infancia. Mi cuerpo se aflojó y escuché caer las primeras grandes gotas de agua sobre el tejado y cuando el rumor del agua arreció me fui sumergiendo en sus profundidades y soñé con una mujer extraña que me cargaba en sus brazos. La identifiqué como la muerte porque me dio un beso helado y afectuoso en la mejilla. En sueños, dije, es una muerte comprensiva. Divina Sara que adivinó el movimiento de mis labios, pensó, siempre se equivoca, nunca sabe interpretar los sueños.

Cuando desperté, la atmósfera de la mañana era nebulosa y persistía una llovizna ligera y el patio estaba lleno de porquería. Me desconcertó ver las golondrinas que volaban casi a ras de suelo. Desde niño no las veía y me despertaron un sentimiento de enorme alegría. La mañana me pareció una

mañana de otro tiempo y caí en una reminiscencia feliz. Me atrajo de nueva cuenta las calandrias cantando en sus jaulas como siempre y sentí el corazón contento al ver a los perros que estaban echados en el pórtico de la casa olfateando el olor del nuevo día. Los recuerdos pasaban ante mi vista de modo maravilloso. Mis ojos se iluminaron al ver a Divina Sara que barría la casa de arriba abajo. Cantaba alegremente como si esta mañana estuviera preparando la casa para recibir visitas. Recuerdo que no paró en todo el día hasta que sintió un fuerte dolor en la espalda y la obligó a acostarse en la hamaca del corredor. Al poco rato se quedó profundamente dormida. Como nunca antes me pareció verla dentro de una tempestad de luz solar. La veía más llena de vida que todo lo que vivía en el mundo. Era una mujer que tenía un extraño halo cuando dormía a estas horas. A pesar de su carácter firme y decidido observé, en este momento, su semblante de dulce ternura espiritual. Al mismo tiempo, pude percibir el olor el perfume de su piel que despedía una fragancia de aguas de lluvias florales. De momento el cielo empezó a nublarse con reflejos encarnados y pensé que soñaba y, como siempre, busqué la manera acostumbrada de mover mi cuerpo, en la cama, hacia un lado. Pero me fue imposible y permanecí de pie viendo con azoro todo lo que ocurría a mí alrededor y las nubes negras del horizonte se acercaban precipitadamente anunciando otro aguacero.

Sentí un cansancio como nunca y me fui a acostar de nueva cuenta y percibí una atmósfera encerrada y rancia. El calor continuaba siendo insoportable. Por la ventana que da al patio y por donde veo con frecuencia los tulipanes, entró una fuerte ventolera que revolvió el cuarto y tiró los libros y las fotografías colgadas en las paredes. Fue entonces cuando cerré los ojos y escuché un derrumbe sorprendente. En esos instantes perdí la noción del tiempo. Las ventanas de cristal se hicieron añicos y el día se transfiguró. El cielo oscureció y desaparecieron las estrellas y las flores se marchitaron. La casa quedó vacía y en las paredes sólo quedaron manchas y huellas de fotografías familiares. Los libros fueron devorados por la polilla. Se apagaron las luces y los ventiladores dejaron de tirar aire caliente. El vigilante se durmió y soñó que navegaba en un mar oscuro y el pueblo había dejado de existir. Un árbol sin ramas ni hojas permaneció como referencia del pasado en el patio de la casa. Tampoco se volvió a recibir visitas ni tocaron la puerta para atender al cartero que traía las cartas de Divina Sara cuando estudiaba en el extranjero. Finalmente, cuando nadie volvió hablar ni acordarse de nada, perdí el hilo de la realidad y el sueño. Sentí frío, desvanecimiento y un miedo que no había sentido jamás. Atontado me senté en la orilla de la cama y creí no poder ver más a Divina Sara. Agudicé los sentidos adivinando sus pasos pero sólo la

soledad deambulaba por la casa. Los pensamientos dejaron de proporcionarme recuerdos y no pude saber el día ni el año que estaba viviendo. Me acosté nuevamente y me dejé llevar por el desfallecimiento, abandonándome a una corriente de aguas de cristales que me arrastraban a un pozo profundo. Un fuerte resplandor azul me nubló la vista y sentí en el estómago peces mordiéndome las tripas.

2.

Debo de haber dormido más allá de las horas habituales o quizás sea la espesa niebla de la noche la que se ha prolongado hasta el mediodía, porque aquí en el trópico cuando no es una cosa, es otra. El calor y el bochorno siempre ocasionan serias desviaciones mentales. Las ideas se perturban y la realidad cobra dimensiones bochornosas y esta puede ser la razón de sentir mi cuerpo más ligero y vacío. Aunque frente al espejo observo mi rostro reposado y luego de tantos años me da la impresión que no he sufrido ningún cambio sorprendente. Aun así, no puedo precisar, como otras veces, mi edad exacta. Al explicarle a Divina Sara lo que me sucede ríe y me sermonea de por qué siempre ando pensando en la edad. Debes verte mejor hacia dentro, dice, y me acomoda con sus dedos mis cabellos revueltos. Descansa y mañana hablamos, me recomienda y camina hacia el patio donde hay una luz solar intensa. Gira para mirarme y me dirige una mirada complaciente y con cierto aire de interrogación y de repente la fulmina una deslumbrante luz cegadora. Su desaparición repentina me lleva a pensar que algo extraño me está sucediendo.

Me acerco a la ventana y descubro una intensa soledad en el patio, mientras el tiempo sigue siendo sombrío como si fuera a caer otro gran aguacero. Ahora escucho que Divina Sara camina en la cocina y les da el desayuno a mis hijos y me grita ¡Ya está listo el desayuno, baja, apúrate! Llego a la cocina y ella está de espaldas frente a la estufa. Los niños están sentados y lucen limpios y muy bien arreglados. Pregunto qué está pasando en la casa y afuera y Divina Sara no me responde, y sin darme la cara, me recomienda que no deje de llevar mi colaboración semanal al periódico antes que llueva y que no olvide llevar mi sombrero y el paraguas, me recuerda. Sólo me tomo una taza de café con unas galletas y regreso a la recámara y tomo las hojas donde había escrito un artículo la noche anterior, pero las hojas están en blanco, no tienen ninguna palabra escrita. Sobrecogido doblo las hojas y las introduzco en la Biblia. En este momento, la tristeza y la soledad me abrazan como una mujer enlutada. En estado, extraño que desde hace muchos días no he oído el silbato del vendedor de pan que me despierta todas las mañanas. Probablemente debe ser

por los últimos aguaceros. En días como éstos nadie sale a la calle. Este debe ser el motivo. Son los tiempos de agua y todos queremos estar cerca del fuego, acostados en la hamaca o en la cama esperando que salga el sol, y después ver las nubes de mosquitos en los patios y dentro de la casa que no nos dejan luego dormir por tantos piquetazos. Más tarde cuando creemos que el mundo se ha ido al agua, vemos el cielo azul y despejado y los pájaros empiezan a cantar en los árboles. Hay días como éstos en que abro los ojos y descubro que casi todo a mí alrededor ha sufrido una insospechada transformación. Me veo en otro lugar en el que nunca antes había estado. Y no es hasta que despierto totalmente cuando logro conseguir sacudirme los sueños y recobro la lucidez de la mente, como si nada hubiera ocurrido. He llegado a convencerme que mi mente no es tan lúcida como yo quisiera y a veces me pone trampas para probar mi capacidad de razonamiento y me enreda entre muchas telarañas. Cuando consigo salir de inmediato los defino como incidentes naturales de sueños desmigajados. Por las noches cuando estoy acostado junto a Divina Sara hilo y saco conclusiones sugestivas y le susurro en uno de sus oídos mi turbación. En sueño me responde que estas son cosas propias dada mi condición de alucinado, voltea su cuerpo y lanza un profundo respiro. En la mañana se despierta y me pregunta de qué le hablaba y le repito que de las situaciones que me agitan y me insiste que son parte de mis ideas y fantasías literarias y me calma con un ademán de paciencia admirable, dándome una taza de té y unas galletas de sal. Sale al patio y canta la vieja canción de la pajarera. Me desconcierta por que apenas puedo acordarme de la canción.

Hoy el cielo continúa nublado y la casa está en penumbras. Veo el tiempo como dentro de vidrios rotos. Con asombro puedo ver el principio y el fin del mundo, imágenes que se atropellan y niños que lloran en brazos de sus madres. Escucho campanas y oraciones de casas deshabitadas. La ciudad se derrumba y arde en llamas. Quedan las cenizas que el ángel celestial, con sus serafines, soplarán y convertirán en almas renovadas. Es un sueño que me tiene con los ojos abiertos y sentado en el borde de la cama no he dejado de mirar por la ventana porque las imágenes que pasan por mi mente continúan transcurriendo como si estuviera frente a una película muy antigua. Respiro para tranquilizarme. Seguro que vivo una de mis acostumbradas perplejidades mentales. La atmósfera se ha condensado y mis pulmones son de arena. Me levanto con torpeza. Deseo encontrarme con la realidad. Borro con los dedos la humedad viscosa de los cristales de la ventana y la realidad no es la que pensaba ver. Afuera el día y la noche se confunden. Me distraigo largo rato viendo transcurrir las contrariedades del tiempo y escucho sus pulsaciones como los latidos en mi corazón. Confuso me acuesto en la cama nuevamente

con el firme propósito que al despertar más tarde la realidad sea la misma cuando caminaba anoche por el corredor y leía la Biblia. Caigo en un sueño profundo y plácido. Extraño la presencia de Divina Sara para que descifre mis sueños. Hace horas que salió a jugar con los niños y no ha regresado. Veo la ciudad entre el agua y camino como un malabarista por un delgado hilo de alambre a una altura inconcebible, atravesando el gran río con sus turbulentas aguas. Veo el mundo desde ahí. La gente admira mi destreza y yo río de felicidad. El acto fascinante se esfuma. Muchas personas se asoman a mi rostro y miran con embeleso mis ojos adormilados. Estoy acostado en mi cama y quieren saber por qué los cambios repentinos de mi mente. Los miro y me causan extrañeza. No conozco a nadie. Ellos, al ver que no muevo los labios callan y guardan absoluto silencio. Me miran con ojos de comprensión y se abrazan. Se acerca un niño a mi cuerpo y toma mis manos frías y derrama una lágrima. Su hermana delgada y pálida me seca las lágrimas con una de sus manitas. Me dice, no te vas a morir, todos te queremos mucho. Le sonrío, pero no puedo mover mis labios.

Cuando niño, eras un niño triste, Santiago. Tu madre debió abrazarte con un amor triste porque sigues siendo un niño triste, me dice el cura Silverio Cubas cuando escucha mis historias, estando los dos sentados en una de las bancas de su pequeña iglesia, mirando un cristo pintado en tela ordinaria y la figura del hijo de Dios desproporcionada. Le pregunto, cómo lo adivina don Silverio. Me dice, por tu mirada. Es la misma que tienen los pájaros enjaulados. Nunca me habían hablado de esta tristeza don Silverio, sino de mi desamparo. Es lo mismo, me contesta mientras se para calmamente y se despide quitándose la sotana negra para ser un hombre como todos los demás. Me da un abrazo y me deja en el corazón un abrazo triste.

3.

El amanecer se ha estacionado en el patio desde hace varios días y la neblina se ha metido en la casa y la humedad me carcome los huesos. Escucho vuelos de abejas y un tilín de metálicos utensilios. Escucho los pasos de Divina Sara y las maldiciones cuando saca los sapos de la casa a escobazos y predice que seguirá el mal tiempo. Lo cierto es que no he despertado del todo y no puedo decirle que no maldiga a los seres creados por Dios. No encuentro la manera de salir del estado en que me encuentro. Siempre por las mañanas me levanto con el canto de los gallos pero ahora no los he escuchado. Me reconforta porque me convenzo que mi sueño es un sueño diferente a los otros que me llevan a ver sucesos trágicos. La oscuridad es absoluta pero en su profundidad

se filtran ciertos reflejos de luz dorada. Divina Sara, sabiendo que duermo, se va con los niños al parque y deja la ventana abierta para que la luz intensa o la oscuridad imprevista me despierten del sueño y cuando regrese me sirva la cena. Este es mi pensamiento.

- Tu padre debe de estar cansado. Vamos a comer helados, niños.

Quisiera despertar para pedirle que me compre el periódico de hoy y lea el artículo que escribí anoche anterior porque es la única referencia de ayer o la señal de qué modo ha transcurrido el tiempo, si ha retrocedido, estacionado o marcha tan de prisa como siempre. Pero no puedo mover mi cuerpo y menos un músculo de la cara. Mi boca está sellada por alguna dura goma pastosa que despide un olor putrefacto.

Ya decía yo, no podía ser, el gallo está cantando. Son las cinco de la madrugada. La reducida sala está iluminada por un candil y veo un niño, apoyando sus brazos sobre la mesa, observando abstraído la flama y la espiral de humo del candil. Generalmente está acostumbrado a tomar esta postura inexplicable. Su mente transita por imaginarios sucesos premonitorios. Su padre se arregla para ir de viaje a la ciudad. Con los ojos fijos en la flama del candil, oye el repaso de las urgentes necesidades de la casa que son anotadas en una hoja de cuaderno. Es un domingo como todos los domingos, desanimado y sin una señal de entusiasmo. El silencio trae el silencio de los pájaros dormidos. La humedad y el calor entumescen la piel y dejan un olor abigarrado y excitado. La encerrada atmósfera huele a café con leche y tortillas acabadas de hacer. Su padre sale a grandes pasos y cabalga en un caballo a trote ligero y silba una canción de celos y traiciones. La madrugada es oscura y a lo lejos se percibe el limpio amanecer con resplandecientes colores azafranados. Se escucha el bostezar del sol. La leña en el fogón se carboniza y oye el amortiguado roncar de sus hermanos. El niño camina detrás de su madre que va rezando un padre nuestro y un Ave María y danza por toda la casa sin saber qué hacer o es un hábito de entretener a la mente.

4.

Estoy sentado frente de mí, cerca de la ventana, observándome con una mirada apática y desinteresada y me nace el deseo, y no sé por qué, de hablar con el otro que me mira y que no sabe que estoy aquí porque está sentado encima de un montón de libros, y tiene entre sus manos una fotografía que mira con

detenimiento. Cree que tal vez la fotografía le conceda a su mente la posibilidad de adivinar el futuro. Es un soñador. Me percató que no distrae la mirada sobre la fotografía. Lo más probable es que está tratando de descubrir algo más del que el futuro. Tal vez indagando el pasado. Está muy embelesado. Y no sabe que las respuestas las tengo yo y que debería despertarme para responder a todas sus dudas. Pero no puedo hablar y llamar su atención. Tengo los labios sellados y todas las palabras se me han agotado. Hablo y sale de mi boca un aliento sin voz y con un tufo fétido. El otro no se da cuenta que estoy aquí, cerca y decidido a hablar con él y contarle todo, la vida de todos nosotros, mi madre, mi padre, mis hermanos, mis hijos y la historia prodigiosa de Divina Sara. Pero está indeciso. Ese es su problema, no sabe decidir en el momento oportuno. No busca por donde debe de buscar. Pone sus oídos atentos a los susurros que trae el aire por debajo de la puerta. No quiere ser sorprendido. Continúa fijamente revisando con atención la fotografía. La toma con sus dedos pulgares y la pone a cierta distancia de sus ojos, le acerca y la aleja. Una y otra vez. No logra ver los detalles indescifrables. La guarda en la bolsa de su camisa y con desenfado se levanta. Gira su cuerpo y me da la espalda. Abre la puerta de la habitación y se aleja más y más de mí. Se convierte en una sombra y se desvanece por el pasillo. Lo más probable es que no era yo. Debió ser alguien quizás muy parecido a mí que debe de andar indagando los misterios de mi memoria, o tal vez una ilusión repentina. La posibilidad cercana para conocer realmente la historia que aún está por contarse. Uno siempre se ilusiona con alguien creyendo que nos pueden responder en los momentos más difíciles de la vida. Divina Sara me lo advierte constantemente, pero soy muy confiado. Confío en todo el mundo.

Nunca me haces caso, por Dios. ¿Cuándo vas a dejar de confiar?

Vago en mi interior, entre charcos y veredas, a veces montado en un caballo y en otras en una bicicleta; otras veces voy sentado en un tranvía en la ciudad de México y a mi lado la soledad me secreta los misterios de la soledad y el miedo. Cae la noche y las calles se iluminan, mientras paseo por la Alameda con una mujer que no es Divina Sara, entramos al cine y me duermo en sus brazos. Mi corazón responde agitado. Reposo bajo de las sombras de los árboles de mango. Escuchó el canto de las chicharras, mientras miro la luminosidad del sol sobre el campo. Divina Sara no existe, es un sueño que aún no registra mi mente. Juego con canicas y trompos y canto a gritos. Paso las horas buscando mis libros, mis cuadernos y las jaulas de los pájaros, me descubre Divina Sara y me pregunta, qué buscas.

Me ciega una luminosidad incandescente. Busco una salida, porque debe de haber una salida, en la vida, como me ha ocurrido siempre, encuentro una salida. Divina Sara, me aclara, Santiago, es una solución. Quien pudo haberme sacado de aquí se ha ido sin despedirse ni decir una palabra. Pudiera volver, pero no puedo confiar. Es tarde. Las trampas son trampas pero dicen que todas las trampas tienen una puerta secreta. No debemos dejarnos vencer, debemos de buscar y encontrar la salida. En este intento, mi mente puede ver, allá a la distancia, en este oscuro silencio, dentro de mi desvarío, un halo de luz deslumbrante y al mismo tiempo un torrente de imágenes de épocas remotas y perdidas dentro de una cascada de aguas azules que se desvanecen en un mar sin horizonte. El agua se desborda de un cántaro y oigo la voz de mi interior. El pasado y el presente se mezclan, se funden con la lozanía del metal de las nobles horas, señalando felices el principio y el fin del tiempo. Nunca antes había incursionado por estos pasillos angostos y amplios a la vez. Tampoco recuerdo haber visto los chorros de luz inundando la sala ni caminar los pájaros en mi recámara comiendo migajas de pan. Quisiera que Divina Sara viera todo esto. Es una extraña y viva excitación que no puedo compararla con nada. El mundo está al revés y es más pequeño de lo que creía. Puede estar sucediendo que esta noche no es la misma noche de ayer. No encuentro la Biblia y Divina Sara no ha venido para despertarme. ¡Qué desesperación! Debo pararme y salir de aquí. Por qué me han dejado solo. Intuyo una humedad que se mete por mi piel y me llega hasta los huesos. Esto podría ser, estoy durmiendo en la hamaca del patio, bajo el tamarindo y el sereno de la madrugada me cae implacable sobre el cuerpo.

Me llama la atención que sin ningún esfuerzo, en el fondo de mí, veo claramente la luz del día y todo está en orden. Es la misma luz cuando salí del vientre de mi madre, deslumbrante y cegadora. Ella está aquí conmigo, viviendo un trance insólito. Mi madre tiene una expresión exhausta y lívida, bañada en sudor, meditando el nombre con el que desea bautizarme y dirige su mirada a un calendario con la imagen de Jesucristo que permanece colgado en la pared. Se inspira en Dios y me imagina postrado en una cruz.

-¿Cómo puedes imaginarme así? Yo no soy un predestinado. Soy tu hijo, madre, como cualquier otro hijo.

- Tienes un nombre y un destino. Te hace distinto a los demás. Aunque debes de llevar a cuestas tu propia cruz. Como todo el mundo, hijo. No se te olvide.

Mi madre, pronostica su muerte. Habla de las ánimas del purgatorio y de los que vuelven de la muerte a la vida. Suplica que cuando caigan los aguaceros de julio no dejen que su cadáver sea arrastrado por los caudalosos arroyos que atraviesan el cementerio de San Román. Pero no consigue imaginar que van a ocurrir cosas peores. Los grandes aguaceros y las caudalosas corrientes arrastran el cementerio. Los cadáveres flotan por los potreros. A ella nunca la hemos podido encontrar. De una mujer viva y llena de sueños nos quedan relatos y una lápida sin sus huesos. Mi padre con su caballo, al principio, recorrió kilómetros y encontró una señal de ella. Ahora le canta a su otra mujer. Con los años, mi padre no quería saber de mi madre ni de otros muertos. Cuando mi padre murió, murió sin pensar en la muerte porque no le dio tiempo de pensar en ella. Fue un hombre afortunado.

Entra mi hermana la mayor con una tasa de caldo de gallina hirviendo, el aroma queda por siempre en mi mente y me trae este recuerdo que les cuento ahora, y se lo da a tomar a mi madre, en pequeñas cucharadas. Está acostada en un charco de sudor y sus largos cabellos apelmazados le dan un aire de mujer de insólita presencia. Fatigada suspira y nos va nombrando a todos en orden. Falta alguien.

Y tú, ¿dónde andabas?- , me pregunta con los ojos cerrados, adivinándome. En el patio, mamá -, le contesta mi hermano que tiene un trompo y unas canicas en la mano.

Mi otra hermana, la mayor, está en el patio viendo al cielo, buscando ver un avión. Mi madre respira agitada, con la boca abierta. Sin abrir los ojos, como si soñara, pregunta por mi padre que sigue siendo su principal preocupación y mi hermana la mayor le dice que anda por ahí, viendo cosas. Mi padre distraído toca la guitarra en un rincón y murmura una canción. Ella vuelve a preguntar por mi padre y él murmura otra canción. Mi madre escucha el murmullo de su voz y sonrío triste. Le pregunta a mi hermana la mayor, ¿me voy a morir? Mi hermana no sabe qué responder y la ofrece otra cucharada de caldo hirviendo. Ella se duerme entre delirios de celos infortunados y un profundo dolor. Una lágrima corre por una de sus mejillas anémica y yo me veo en brazos de alguien que me arrulla y dice este niño es un niño triste.

- ¿Quién te lo dijo? No eres un niño triste, Santiago, eres la ilusión de mis entrañas. Mi alegría. No te dejes llevar por las apariencias.

Aún no me explico qué quiso decirme que no me dejara llevar por las apariencias. Mi madre, pocas veces hablaba con claridad. Siempre pensé que hablaba en sueños y no en la realidad del intenso calor. Hoy mi madre, es un recuerdo sin rostro, una nube, un sentimiento que vaga por mi mente. Hoy es nada, de esa nada de donde venimos y vamos a viajar después de morir. Aunque Dios, quienes lo obedecen, le tiene prometido la gloria y no sé si es más bella y real, mejor que este mundo. Por ahora nadie sabe nada. Mi madre era una mujer muy dada a las supersticiones y siempre tuvo la esperanza de vivir más allá de la vida. Quería ir al cielo o a la gloria que no sé si es lo mismo. Pero si todo esto es cierto, ella debe de estar viviendo allá en uno de esos lugares, más tranquila y en paz. Le pedía ese deseo a Dios con tanta fe que no debe de habérselo negado. Porque aquí en la tierra sufrió mucho, no lo dijo, pero se lo veía en sus ojos marchitos por sus largas noches de insomnio, sus murmuraciones cuando iba de aquí para allá, cuando cocinaba, lavando ropa sucia, o barría el patio. En su extraña soledad siempre platicaba con alguien, era a quien le confiaba todo. Tenía esa costumbre. Sostenía largas horas de meditación en voz alta. Se detenía, con la escoba en la mano, y dirigía su mirada al cielo y ahí la detenía un largo tiempo o la sostenía en algún objeto y decía, qué grande es Dios. Mi madre, siempre se persignaba. Y cada vez que pronunciaba algunas palabras de la Biblia, las sábanas por fuertes aires que venían del campo, volaban por los aires y mi madre, corría tras ellas. Mi madre, maldecía y decía que se fueran al infierno. Vivía en una penosa y constante lucha contra el mal y buscaba adivinar, entre nubes, en noches estrelladas, las sombras de la luna y entre ropa vieja que guardaba en cajones destartados, un amor que nunca pudo pronunciarlo con libertad ni pedirlo por miedo a la vergüenza. No fue hasta que en su agonía suplicó que le dijeran al oído que si alguien la había amado. Pero no estoy seguro que alguien le haya dicho tal cosa para que muriera en paz. O si lo dijeron, porque a esa hora todo pudo haberse dicho con tal de salvar la responsabilidad, estoy seguro que ella no se dio cuenta que le estaban mintiendo. Mi padre, me cuentan, le dijo algo relacionado con esa expresión, pero yo no lo vi ni lo oí, estaba en otro lugar, lejos, en la ciudad, en una habitación oscura, enfermo y bañado en sudor.

Hoy estoy seguro, de eso sí, que sus hijos no sintieron tanto amor por ella como fueron presumiendo por el mundo sólo para reafirmar su origen irremediable, ni tampoco las otras personas que estuvieron cerca de ella. Fue una mujer sola, teniendo a mi padre y a sus hijos, careció de todo, hasta de vida, pues vivió pocos años y en vergonzosa pobreza. No pudo decir, esta casa es mía. Amo a este hombre y soy el amor de su vida. No sé cómo aceptó la

vida en estas condiciones que no le permitió siquiera darse el lujo de asistir a una fiesta. Tampoco disfrutar de una organizada comida familiar ni hacer reflexiones sobre la vida o el destino de cada uno de nosotros, ni escuchar música por radio. No me explico cómo aprendió la letra de las canciones. Pocas veces se quejaba y cuando lo hizo se murió. El sufrimiento se le adivinaba en sus fingidas sonrisas o en sus ojos taciturnos o en sus llantos detrás de la puerta o frente al fogón cuando cocinaba o cuando veía llover y su mirada se desvanecía en pensamientos que sólo ella sabía hacia dónde los dirigía.

5.

Penosamente puedo recordar algunas cosas. Mi mente no es la misma. ¡Cómo va cambiando uno! Hasta ahora me doy cuenta. Hace uno días me hacía muchas preguntas y ahora no me interesa nada. Anoche todavía tenía esperanzas. Muchas esperanzas. Tenía la ilusión de escribir el libro de mis memorias y dedicárselo a Divina Sara. Ahora no tiene importancia. A nadie debe de interesarle un libro lleno de cosas insignificantes. Llega el momento en que uno se da cuenta que de tanto tener no se tiene nada. A la hora de morir es cuando uno se da cuenta. Pero es demasiado tarde. La vida es muy corta, más corta de lo que uno cree. Vagamente, entre pensamientos agitados, veo débiles sombras que se van extendiendo y deslizando por encima de los tejados de una vieja ciudad. Es un fenómeno muy parecido cuando el sol se está ocultado y me quedo inmóvil. Las nubes avanzan por encima de mi cabeza y se van disolviendo detrás de las copas de los grandes árboles y se produce otra luz profunda dentro de mi mente, semejante a la de un foco muy pequeño que sube y baja de intensidad como señal de que debe haber una salida. Siento una gran alegría. Voy a salir.

Me dirijo hacia allá y me encuentro con recuerdos perdidos, ideas, sonidos y sentimientos que ya los había olvidado y que para mi asombro los voy descubriendo con angustiosa impresión como valiosos tesoros recobrados. Es otro corredor. Hay una oscuridad con proyecciones blancas como fantasmas que acaparan toda mi mente. Descubro rostros que se asoman por las ventanas, puertas y rejillas. Son rostros que no había vuelto a ver desde mi infancia. Niños y mujeres orando en un sepelio. Pero esto ya me lo había contado mi madre cuando niño. Son las mismas escenas. En el patio, mi padre juega naipes y toma tragos de aguardiente. Una mujer morena lo mira atentamente

desde una ventana y el cadáver que se encuentra en el ataúd exige que le prendan velas y le lleven flores. Las lágrimas son ríos de agua. Los llantos se apaciguan con potes de café hirviendo. El féretro lo pasean por el campo desde tempranas horas y al medio día lo sepultan. En la noche, de regreso por el camino real, las almas en penas nos van siguiendo los pasos. Mi madre ora y dice que no miremos para atrás, porque se pueden convertir en sal, hijos.

En este trance, mi madre, se dirige a mí y dice, espera, hijo, no tengas miedo, ven, y me toma de una mano y dice esta es tu madrina, este es tu abuelo y tu abuela. Pero dónde están, madre, le respondo. Santiago, tu imaginación es poca. Tu mente siempre está en otra parte, nunca estás en lo que debes de estar, me reprocha mi madre. Este es don Silverio, ¿te acuerdas? Es el peluquero. Este es tu maestro. Me detengo y le miro sus ojos rojos de odio. Es un viejo con aire de ave maligna. Las uñas de los dedos de sus manos son largas y filosas. Mira, hijo, ella es la otra mujer de tu padre. Es una mala mujer, madre. No digas eso, hijo, el amor es así, equivocado para quienes no conocen los caprichos del corazón. Debes saber perdonar. El odio, los celos y los resentimientos, son enfermedades del alma. Debes procurar ser humilde. No lo olvides, hijo. Aunque es una de las pruebas más difíciles que nos pone Dios. Hay que saber perdonar, sin orgullo ni resentimiento. Nunca lo olvides, hijo mío. No lo olvides, no lo olvides. Jamás la voy a perdonar, pienso, y mi madre, me sigue mostrando el mundo. Los rostros de las personas que desfilan frente a mí son reales. Nunca antes había visto tanta gente, claras y nítidas, diáfanas y refulgentes.

Vete a dormir, después te sigo contando. Hay que descansar. Mi madre, camina por toda la casa. Es una mujer pequeña y tiene unos ojos melancólicos. Es ágil y dispuesta a narrar historias hasta después de la madrugada, ejercicio calculado y fingido para esperar a mi padre, quien llega a deshoras de la noche, incluso hasta después cuando se escucha el canto de los gallos y caen los aguaceros de las primeras horas. Cuando no tiene nada qué contar canta entre arrullos canciones tristes y melancólicas. Es una mujer, mi madre, que sueña desde que despierta hasta que se duerme, no puedo decir si es una mala enfermedad o una virtud. Ni ella tal vez debe saberlo. Si ha cavilado en su modo de ser quizás tampoco se lo ha de haber podido explicar. Mi padre debe de haberle visto, con los años, esta irregularidad como una deformidad inaceptable y fuera de lo natural. Por eso quizás, por esta razón o por otras, se enamoró de una mujer común y ordinaria y se fue con ella. No dejo de pensar que algo parecido, a lo que le ocurre a mi madre, me sucede a mí. Desde niño a la vida la he visto pasar así. Imágenes revueltas que nunca puedo discernir y

que van colocándose uniformadas en mi mente. A veces se me presentan con una realidad extraordinaria y en otras ocasiones se pasean como una imaginación o en mis sueños, poniéndome los brazos en la espalda para darme tranquilidad. A Divina Sara siempre le he ocultado este ir y venir. No me entendería y puede suceder que se preocupe demasiado por mí, vivir como vives, me diría, ocasiona disturbios mentales y quita el hambre. Además, dice, me llevarías por caminos inciertos. Porque Divina Sara es una mujer real y ve las cosas, desde su interior, con una realidad sorprendente. Una sola vez me dijo, soñé con un hombre. No me inquieté, quise pensar que era yo. Aunque después de lo que me sucede, debo preguntarle cómo era ese hombre. La mente siempre nos traiciona. Nos lleva a situaciones inexplicables y resulta que en el fondo guardamos secretos condenables y terribles.

6.

Debo de hacer un gran esfuerzo y dar los pasos siguientes. El silencio me distrae y no encuentro el camino. El silencio es como una sábana blanca que lo envuelve todo. No puedo deslizarme, dar pasos, asirme a los hilos de la realidad. Los párpados de mis ojos están cocidos. Mi boca sellada. Estoy dentro de una cripta de cristal y navego en un mar sin fondo. El silencio cae en mi frente como una llovizna menuda y me humedece los labios. Mi padre sigue cantando. Esta acostado en una hamaca colgada bajo la sombra de un gran árbol. Su cuerpo es delgado y tiene una mirada triste. La mujer que está a su lado me llama. Su sonrisa es maliciosa. Abraza a mi padre y le dice palabras dulces al oído. Mi madre barre el patio y canta una canción de olvido. La mujer que está cerca de mi padre ríe a carcajadas y le besa la boca y le clava un cuchillo en el corazón. Mi padre cae muerto. Su aspecto es de un hombre sereno. Mi madre alarmada entra a la casa y maldice al demonio. Este es otro mal sueño, dice.

Ahora empiezo a darme cuenta que algo no anda bien dentro de mí. Mi padre sigue cantando y mi madre alegremente continúa barriendo el patio. Vamos a la escuela y mi hermano corre tras unos perros. Lo que no recuerdo bien es cómo era la escuela. ¿No te acuerdas, Santiago, en verdad, no te acuerdas? Tú y yo juntos. Siempre nos corrían los perros. ¿No te acuerdas cuando jugábamos? ¿De los aguaceros? ¿De cuando llorabas? No me acuerdo. No me acuerdo, insisto.

Los rostros que al principio pudieron liberarme se van desperdigando y esfumando. Me deslizo por una profundidad insondable y escucho música por dentro. Sufro un vértigo que me produce náuseas y deseo gritar. Mi garganta se ha cerrado. Es un conducto acerado y no puedo pronunciar ninguna palabra. Es como si me hubieran colgado de una soga por el cuello. Siento ahogarme y mi corazón y mis arterias y venas van a estallar ¡No puedo respirar! ¡No puedo pensar! Mi cuerpo se convulsiona. Estoy congestionado y cobro un color azulado, amoratado, cenizo. Instantáneamente me voy por un despeñadero y por un impetuoso vacío e infinito. Fugazmente me acuerdo de quienes mueren así no son perdonados por Dios, vagan por el mundo hasta que no se cumple la fecha en que deben morir por designios del cielo. Me mortifica porque no puedo confesar mis pecados. Prodigiosamente permanezco suspendido. La soga en el cuello es un cabello rubio y largo de mujer. Me acuesto tranquilamente en la cama y pido perdón. Morir sin pedir perdón, es condenarse para toda la eternidad. Aunque no tanto como pedir perdón, sino actuar correctamente como Dios manda, mi madre me lo explicaba, mientras miraba, por las noches, la luna.

Estoy débil y agitado, bañado en sudor y mis músculos se han contraído y los siento como fibras aceradas y el cerebro me golpea excitado dentro de mi cabeza. Supongo que debo de tener un aspecto físico horroroso. Con tantas horas así, cualquiera cobra un mal aspecto. Tengo que acomodar bien mis ideas, porque una cosa y otra no pueden estar ocurriendo al mismo tiempo. Debo de encontrar la manera de cómo salir de aquí porque mi habitación está en orden. Cada cosa está en su lugar. Hay una claridad de mañana alegre. No hay nada que indique que no veo la realidad. Trataré de buscar una posición que llame la atención. Ésta. Ésta es una buena posición. El espejo me muestra como un verdadero cadáver, tirante y amoratado. Cualquiera puede decir que soy un cadáver en proceso de descomposición. Esta postura del cuerpo me parece adecuada y cualquiera pude socorrerme. En la penumbra de mi inquietud, un guardia entra por la puerta y revisa cuidadosamente la habitación y trato de pedirle auxilio. Grito desesperadamente. El guardia abre la ventana y saca de la bolsa de su camisa una cajetilla de cigarros, extrae uno y lo pone en sus labios. Lo prende con un cerillo, fuma y lanza una bocanada de humo y sale nuevamente y cierra la puerta. Debo de pensar entonces que no estoy en mi casa, sino en una celda. Un guardia no puede andar por mi habitación y andar revisando mis cosas. Esto no está bien. Divina Sara nunca lo permitiría, tan delicada que es.

A lo mejor estoy en el hospital. Es lo más probable. No hay por qué relacionar mi estado crítico con mi profesión. Sería una salida equivocada. Esta situación debe relacionarse con un fenómeno mucho más complejo y delicado. Me sereno y lentamente voy recuperando mis fuerzas y conciencia de lo que me sucede. Concluyo que esto no puede ser más que un milagro y creo que estoy completamente vivo porque empiezo a respirar profundamente y mis pulmones se ensanchan y pienso que lo que me está sucediendo no es más que producto de mis frecuentes disturbios mentales después de dormir tantas horas y por haber fumado e ingerido demasiado café y leído y escrito sin haber tomado en cuenta las horas. Por ahora, aunque mi estado no es alarmante y extraño, no quiero intentar abrir los ojos que los adivino, por ahora, ligeros y frescos. Debo de evitar no caer en angustias innecesarias. No quiero llevarme otra desilusión y me asustaría si no puedo ver lo que debería de ver cada vez que despierto como la cegadora luz del medio día y la felicidad que me transmite el rostro sonriente de Divina Sara y no encontrarme con la mesita y encima de ella mis libros y los periódicos y revistas y la taza de café y mi vaso con jugo de naranja con los que me recupero de mis insomnios y me sacan de estas desesperadas angustias, pesadillas y delirios y fiebres alucinantes que a veces me causan muchas fantasías.

Vida, hoy despertaste triste – ¿Por qué? – Me pregunta Divina Sara cuando presume que presiente lo que pienso y percibe algo indescriptible en mis ojos. No estoy triste, le contesto. Estoy pensando. - Eres un mentiroso -, ríe Divina Sara y me lanza una mirada de consideración.

7.

Tengo la impresión de estar flotando dentro de un espacio que nunca antes había deambulado en mis retrospectivos y perturbados recuerdos. Mis dudas me hacen cavilar. Estoy seguro que si despierto podré encontrarme dentro de otra peor oscuridad y entonces sí podría pensar que estoy en el terreno de la locura o realmente muerto. ¡Muerto! ¡Qué pensamiento! Es una idea descabellada. De lo contrario no vería la recurrente vida con todas sus imágenes maravillosas transitar por mi mente. Lo mejor es tomar las cosas con calma y aceptar tranquilamente mi confusa condición, ocasionada a veces también, y que no debo de descartar, por mi aguda y vieja y crítica alteración irremediable. Es un padecimiento que nunca me ha dejado en paz. Cuando me agarra con toda su ferocidad me desquicia totalmente y nadie puede sacarme de esta desesperante situación. Sólo tengo que darme mi tiempo y esperar

como se espera el fin de una tormenta. Después de la tormenta viene la calma, pienso.

Aún encontrándome en la posición en que me encuentro, tirado encima de la cama, mientras espero que mi mente recupere su facultad lúcida como siempre, prefiero poner atención y escuchar los ruidos, los más lejanos, para probar mi capacidad de audición y confirmar que estoy en contacto con la realidad. Qué alegría me invade cuando puedo escuchar maravillosamente los ruidos de la vida allá afuera, insustituibles y la voz de Divina Sara que apenas me llega como un susurro lejano y un eco que pareciera provenir de unos pasillos angostos, tal vez de algún monasterio o de un hospital abandonado y me intranquiliza estas comparaciones porque probablemente yo podría estar en alguno de esos lugares. Tal vez agonizando. No me había planteado esa posibilidad. Pero si realmente estuviera ese estado lamentable no desfilarían por mi mente tantos personajes conocidos y desconocidos por este calvario de alucinaciones. Escucho murmuraciones y luego intuyo un silencio misterioso. En este preciso momento percibo unos pasos a mí alrededor y oigo claramente una oración. Alguien debe de llorar reservadamente, porque Divina Sara no puede ser, ella no lloraría ante mi cadáver. No es que no estuviera sufriendo, sino por lo mismo, se reprimiría el llanto hasta estar totalmente sola en su alcoba, leyendo mis cartas y mis libros. En silencio, ordenando cada uno de mis recuerdos en su mente, rememorando, con su semblante de cansancio, cada uno de nuestros momentos felices. Frente al espejo, porque siempre que medita se mira al espejo, diría, finalmente sola, como siempre lo imaginé o como él mismo me lo hizo saber cada vez que estaba acostado junto a mí y decía, tengo miedo de morir y dejarte sola. ¿Quién te amará y cuidará como yo? Ahora, toma su rostro entre sus manos, ahora estoy sola y a nadie le puedo confiar mi dolor porque nadie podrá entender lo profundo de este amor. ¿A quién le voy a importar? Nuevamente Divina Sara se mira en el espejo y tiene la impresión de haber envejecido, Santiago, cómo he envejecido. No, Divina Sara, tu no envejecerás nunca. No seas chocante Santiago, algún día, todos envejecemos.

Estoy seguro del amor de Divina Sara porque nunca me lo ha negado el mirar sus dulces gestos y palabras, nuestras largas noches sin sueño, abrazados, murmurando, sintiendo nuestros cuerpos cálidos fundiéndose en uno solo. Nadie como ella y yo, sintiendo vivir y morir, como si nos transportáramos al principio y al fin de todo. Es lo puedo descubrir diariamente en las expresiones de ella y en la profundidad de sus miradas. La manera silenciosa y sigilosa como ordena mis libros, revistas, escoger el color de mis camisas, lo

meticuloso de cómo va poniendo mis objetos de trabajo en mi mesa de trabajo, mi fotografía que conserva dentro del libro de poemas que le escribí y que le entregué el día que nos declaramos nuestro amor en la antigua plaza de los laureles. Sus sonrisas tranquilizadoras que me dirige cuando mira mi estado de aflicción, me seduce y tranquiliza. De muchas maneras ella busca no distraer mi atención cuando trabajo. Este es el amor de Divina Sara. Es un amor que se calla y que tengo que descubrir a cada instante. Me mantiene alerta. Me hace vivir en un estado de placidez admirable. Sin embargo, hasta hoy, Divina Sara es una incógnita en mi vida. Es una ilusión de carne y hueso que debo tener en mi mente, consciente que su amor es una eterna variación de momentos como si fuera parte de una sinfonía, una búsqueda insistente. Modificación constante por las horas y los días, los momentos por el que transitan los estados de ánimo, porque no siempre tiene la misma sustancia ni el mismo color ni la misma inspiración. Cada mañana, el amor, es una sorpresa. Un descuido, puede echarlo a perder todo.

Debo reposar y no debo de caer en un exagerado estado de angustia. Tengo que serenarme un poco más y relajarme para cederle fuerza a mi mente y me rescate de este atormentado desarreglo de mis ideas. Es el momento de reflexionar sobre hasta dónde la espera debe ser una cualidad en tiempos de crisis. La espera calculada, porque la espera del fin de todo, sería la muerte. Habiendo tanto calor y yo sintiendo mi cuerpo frío y sucio, quizás porque necesito levantarme y bañarme con agua tibia y loción alcanforada. Recuperar el alma y la voluntad del cuerpo. Escuchar los gatos en el tejado y leer la Biblia, esta idea me reconforta. En unas cuantas horas más de sueño puede volver a la coherencia habitual. ¡Qué divagaciones!

8.

Escucho el canto de un gallo y el ladrido de unos perros. Una voz de mujer transita por toda la casa buscando algo porque se oye remilgosa y escucho el viento que azota las ramas de los árboles y los golpes del agua cayendo en charcos de lodo como en las madrugadas de mi infancia y quizás por la distorsión de mis pensamientos deben ser extraños sueños o recuerdos que se asoman a mi mente. Como flamazos se apagan y ahora sin habérmelo propuesto me salta nuevamente la idea de que puedo levantarme, lo intento, pero hay algo muy fuerte en mi interior que me lo impide. Siento unas garras que me arrastran y me sumergen en profundas aguas. Veo mi cuerpo putrefacto deshacerse instantáneamente y me voy deshaciendo. El agua es azul

y el cielo es azul y veo cómo llegan los barcos al muelle. Desde aquí el muelle de la antigua ciudad se mueve al ritmo del viento y las olas. Escucho una entusiasta sonoridad aprisionada. Es una película. Estoy sentado en una silla. En el cine veo una película en blanco y negro y a mi lado está Divina Sara. Tenemos las miradas fijas en la pantalla, mientras puedo escuchar claramente el ruido de los viejos ventiladores que están en cada extremo de la sala y siento la sofocación del encierro y el olor rancio de la antigüedad. Es una película de marineros filmada por estas lejanas tierras. Divina Sara dice que el actor no pronuncia correctamente nuestro tono de voz. Me río y le digo que es un cantante, no es un actor. Ella ríe y dice, es un actor. Entonces es un mal cantante y un mal actor le digo y ella pone su cabeza en mi hombro y nos vamos sumergiendo en un sueño de dos. De aquellos tiempos a los actuales todo ha cambiado. Los cines han desaparecido y los actores han muerto, pero el tiempo está ahí, moviéndose como si nunca hubiera transcurrido, viéndolo en la pantalla, con su atmósfera, su brisa y la luz del medio día que inunda nuestras miradas.

Oigo que alguien me llama y toca mi cuerpo. Pego un salto de la cama y pregunto quién es y no veo a nadie. Sobresaltado rezo el padre nuestro y digo que esta es la casa de Dios y vuelvo a acostarme y de inmediato dentro de mis propios sueños reaparece en mi mente nuevamente el miedo con mayor fuerza. Es el mismo miedo que no me ha dejado dormir placenteramente desde niño y que con el tiempo se ha convertido en un miedo encallado en lo más profundo de mi ser y que se pasea placenteramente riendo, haciendo muecas y señas obscenas en mi subconsciente y no puedo distinguir con claridad el tamaño de su maldad, a veces se me figura como un niño andrajoso con dientes filosos y ojos relampagueantes. En otras ocasiones es un anciano encorvado, con el rostro momificado y boca destentada con un puñal en la mano que va de un lado para otro, sin parar, buscándome y amenazándome por todas partes. Debería de levantarme y enfrentarme a este miedo horrible, pero creo que no tengo la fuerza suficiente o he perdido la fuerza de la voluntad, o es lo contrario, no quiero levantarme para no ver la severa y absurda realidad a la que nunca le he podido dar una interpretación exacta y consistente como cualquier objeto que puede tocarse y verse a simple vista. Una realidad palpable y concreta que nunca ha dejado de asombrarme y que a veces presiento que ella misma se aparta de mí, dándome espalda y se aleja más y más cuando estoy a punto de alcanzarla.

No logro pescar las ideas y se me escapan y vuelven otra vez y se me escapan de nuevo y en estos momentos todo es blanco como un cielo luminoso y veo

volar algunos pájaros negros a grandes alturas y en el infinito, además, veo a un niño de espaldas viendo el paisaje nublado y corre en un campo abierto donde se oye el retumbar de una tormenta lejana y amenazante y de donde estoy puedo ver a la distancia una cortina negra que baja del cielo hasta derramarse en la tierra. Caen las primeras grandes gotas. El niño al extender una de las palmas de sus manos le cae una gota de agua que parece una gran canica de cristal y ve dentro de ella una espesa negrura que se agita como un ser viviente que grita y exige que la dejen salir de ahí y el niño se despierta. Se sienta en su cama y está exhausto y sudoroso y cree haber soñado con la muerte. No ve absolutamente nada porque todo está oscuro y sólo escucha el sueño de los demás, como si estuviera en otro mundo, desolado y sin vida. En la oscuridad se filtra a través de una fisura del tejado un suave y fino resplandor lunar. Desde ahí puede alcanzar a ver el rosario y la Biblia de su madre que están en una mesita junto a la cama donde ella duerme. Trata de encontrar con su mirada nebulosa a su madre pero su madre está durmiendo dentro de un pabellón de gasa blanca y sólo alcanza ver una figura brumosa como si estuviera muerta y siente ganas de llorar. Su cuerpo está bañado en sudor y se agita dentro de una densa oscuridad como un gran animal echado y observándolo todo, horroroso y amenazante. Pone mucha atención y de pronto oye un trueno lejano y de tan lejano que su retumbar lo lleva al sueño nuevamente y yo consigo recobrar el sentido del tiempo por un simple deseo de volver a la realidad y puedo darme cuenta que continúo acostado por lo que puedo pensar que mi cuerpo está extendido horizontalmente y mis manos están cruzadas y reposando sobre mi pecho. Puedo percibir una llovizna que cae en el patio y un rasgueo de brisa en los cristales. Es jueves, dice Divina Sara, tienes que ir a la iglesia. Te llevas el paraguas y de regreso pasas por el pan. Creo que no debe estar hablando conmigo, porque si fuera, me despertaría. No se te olvide el pan, me gritaría.

Sigo observándome como al principio y el otro yo, para mi asombro, está ahora sentado en una silla leyendo un libro frente de mí y de cuando en cuando me dirige una mirada reposada y tranquila como si esperara que yo despertara y explicarme que he dormido muchas hora y que todo ha sido un sueño pasajero, porque los sueños no son tan largos como uno cree, duran pocos segundos. Yo estaba convencido hasta hace poco de que se alargaban durante toda una noche. Esta idea me llevaba a creer que de un momento a otro debo de despertar porque si no calculo bien puedo creer que he dormido un día entero y parte de la noche y hasta quizás debe de estar amaneciendo. Si es así, si no me equivoco, entonces en unos minutos más estaré disfrutando mi café y bromeando con Divina Sara. A pesar de toda esta confusa locura me

siento más a gusto porque puedo verme tranquilamente observándome y como pienso que puedo estar aquí también podría estar allá afuera realizando mis tareas como de costumbre y si es así es sólo cosa de poner orden en las ideas y no dejarme llevar por el miedo que me tiene en esta penosa situación y debo de estar muy pendiente de mí y nada más y ya no hay otra cosa que pueda hacer y solamente esperar hasta que este sueño, delirio o esta exaltación mental, deje de torturarme.

Unas cuantas moscas se posan en mis manos y la luz de la ventana me llega pálidamente y debe de estar por llover porque siento unas ráfagas de aire fuerte y húmedo en mis párpados y hay demasiado silencio, suficiente como para escuchar el movimiento de las hojas de los árboles que están en el patio. Dónde estará Divina Sara. ¿Me habrá dejado solo? Ella nunca sale de casa sin avisarme adónde va. Seguro que debe de andar por las otras habitaciones o allá afuera platicando con la vecina con quien se pasa horas y horas sin darse cuenta del tiempo y no sé de qué puede estar platicar tanto.

Bajo mis espaldas no siento más que un leve dolor y aunque mi cuerpo está liviano y flotando y a pesar de esta confusa molestia, no dejo de pensar, no sé por qué, que parte de mi columna se debe de estar quebrando y si es cierto quedaré paralítico y si es así, no podré levantarme nunca de esta cama a pesar de estar despierto. Pero estoy seguro que no padezco este desarreglo porque siempre he sido un hombre que ha hecho ejercicio toda su vida. Desde joven, muy de madrugada, me levantaba a correr por las calles oscuras. Luego ingresé a un gimnasio y, precisamente ahí, fui compañero del boxeador Dionisio Campusano, que más tarde sería campeón del barrio. Antes, no faltaba a sus peleas que se llevaban a cabo los sábados en el frontón tradicional. Por las tarde, noqueara o no su adversario, me invitaba al bar Las Aguas Benditas, y nos tomábamos cervezas con coctel de camarón, y no salíamos de ahí esta pasada las diez de la noche. Mientras voy recordando aquellos días, le voy dando vuelta a esta idea de mis huesos quebrados, en tanto que dentro de mí una aguda soledad se me pasea por la mente y se me figura una mujer enlutada que se me acerca y me coge entre sus brazos y en este instante comprendo que estoy más solo y abandonado que nunca, pero mi amigo Alejandro, me dice que siempre estamos solos y esta respuesta me produce mayor tristeza y una enorme necesidad de llorar y la mujer enlutada no deja de abrazarme cariñosamente. Abrazándome me acerca a su cuerpo vacío y no es más que un aire frío que se posiciona de todo mi cuerpo y todo mí ser.

Estoy seguro que ahora han abierto la ventana de mi cuarto para que entre el aire cálido y la luz de la brillante mañana y me despierte por el mismo acostumbrado impulso natural, después de muchas horas de sueño, luego de haber revisado y corregido la información que me he traído de mi oficina a mi casa para alivianar la carga de trabajo al día siguiente y, por ratos, he escrito las historias que tanto disfruta leer en voz alta a Divina Sara para decirme luego que requieren algunas correcciones y que acepto modestamente y le aconsejo que vaya anotando y poniendo al margen de cada hoja una crucecita roja con el fin de que reflexione más sobre mis ideas, aunque ella teme que sus observaciones carezcan de mayor profundidad. Pero ella es muy inteligente y se lo hago saber y me trasmite un gesto de incredulidad inexplicable.

No puedo abrir los ojos para ver por la ventana qué pasa allá afuera o creo abrirlos pero aun así no dejo de ver la intensa oscuridad que cada momento se hace más apretada como una loza que estuviera cayéndome poco a poco sobre mi cuerpo, dejándome cada vez menos espacio para ver quién está ahora sentado frente a mí porque es mi única referencia con el pasado y el presente o el contacto con la realidad, así como la única posibilidad de salir de este desvarío. Cada momento que pasa, sin embargo, me convengo de ser un hombre más pequeño de lo que soy y tengo horror de verme, así me observo desde mi interior y empiezo a padecer una ligera melancolía como si esperara a alguien que siempre he esperado para volver a la vida o sea a la vida de siempre y aunque debo de reconocer que por años esperé a alguien en la vida, quizás hasta alguna mujer, pero es un secreto que hasta hoy no me atrevo aun confesar a nadie porque es lo único maravilloso que guardo en el corazón y mas cuando Divina Sara es que en realidad me ha llenado la vida de amor. No puedo caer en la ingrata infidelidad. Le destrozaría el corazón. La larga espera de encontrar a esa mujer, desde luego, ha sido para mí una ilusión que me ha mantenido en constantes desequilibrios y noches en desvelo, una ilusión como volver a ver mis canicas de colores entre mis manos de niño o sentir las manos de mi madre sobre mi cabeza o ver llover en el campo con vientos huracanados y escuchar el golpe del agua sobre el tejado y ver los pájaros acurrucados en las ramas de los árboles y oler el café hirviendo, sentir vivo el transcurso del tiempo. Debo de admitir que estas inquietes no dejan reposar mi mente, llevándome de un tiempo a otro y me sacan de un sueño a otro, evitando que viva plenamente mi existencia de acuerdo como vive el hombre común o cualquier otro que sueña con reciclajes de sus emociones, sin grandes sobresaltos y dormir palcenteramente la siesta del medio día y despertar por el asfixiante calor del atardecer.

9.

Debería voltearme, escoger otra posición porque estoy demasiado rígido y no soporto más y mi cuerpo se debe de estar desmigando por dentro y presiento su descomposición y si esto está ocurriendo en verdad creo que pronto me habré convertido en un cadáver horrendo y repugnante, aunque intuyo que no seré un cadáver como los demás, no sé por qué, siempre se lo he dicho a Divina Sara, pero ella dice que faltan muchos años para que me vea tendido como un verdadero cadáver y se reí y me dice, te verás como te veo ahora, fresco y rozagante, sin ese rictus horrible de la muerte y serás un cadáver feliz y es por eso que no debes de temer o preocuparte. Yo no les veo la gracia a sus palabras y la manera de convencerme de que no debo temerle a la muerte y ahora menos que nunca y la verdad es que Divina Sara no sabe nada de esto y nunca se ha dado cuenta que por largas noches y días enteros he transitado por estas travesías donde mi cuerpo es el cuerpo de un muerto y ni por la mente le ha pasado que he estado totalmente muerto y tampoco nadie ha podido darse cuenta de ello porque pasan delante de mi cuerpo que está extendido en la cama y dicen, es increíble, este hombre no deja de dormir.

¡Ay!, no se preocupen, aconseja Divina Sara, dejen que le dé hambre y ya verán, se levantará y nos contará lo que soñó porque siempre sueña y cuenta el sueño como si hubiera ido a un largo viaje, lo conozco bien, les dice a quienes preguntan por mí y les pide que no me molesten y me dejen en paz. Me mira curiosamente a los ojos y se convence que estoy profundamente dormido y dice que es mejor que siga durmiendo y continúa limpiando la casa de arriba abajo y acomodando mis libros y rezongando por todos mis desórdenes y molesta dice que parezco un niño y que no se explica cómo pudo enamorarse locamente de mí y cree que sólo por estar loca, pues siempre he creído que estoy loca y solamente una loca puede amar a un hombre así. Para mi tranquilidad puedo ver a Divina Sara más allá de todas las cosas y me parece una figura luminosa y fuera de la realidad y presume un vestido azul con flores prendidas en el cabello y camina por encima de una alfombra deslumbrante. La escucho cantar muy bajito una vieja melodía muy antigua que me hace sentir triste y nostálgico y advierto una lágrima que corre por mi mejilla momificada y Divina Sara no me descubre porque la observo ir y venir por toda la casa. Es una mujer hermosa, pequeña y delicada, blanca, cabellos negros y largos, ojos claros y una sonrisa que la describe como una mujer feliz y tiene un aire de orgullo juvenil. ¿Por qué no ve la hora en que debo tomar mi medicina? El reloj está frente a sus ojos y debe darse cuenta qué hora es y que

no las he tomado desde ayer y ella sabe lo grave que puedo ponerme si no las ingiero a tiempo. Ella siempre está pendiente que la tome y me despierta y me dice, eres un desconsiderado contigo mismo, mira qué hora son, no sé qué harías sin mí, me ofrece las tabletas con un vaso de agua y las tomo y luego me da un beso en la mejilla y me recomienda descanso y seguir durmiendo hasta la hora que yo quiera. ¿Por qué no hace lo mismo ahora? Unos minutos más y puedo morir y tal vez por no haber tomado mis medicamentos a tiempo. ¿Qué puedo hacer para que Divina Sara pueda venir a auxiliar y salvar de esta pesada postración?

¡Qué desconcierto! ¡No puedo creerlo! Y al mismo tiempo, para el colmo, cada vez más caigo en la cuenta que mi cuerpo es cada vez más flotante y es la primera vez que tengo esa impresión, quien está frente a mí sentado, ahora con las piernas cruzadas y bajo las manos una Biblia que descansa sobre una de las rodillas, me mira con pesar porque soy puros huesos y mi rostro es un rostro de anciano donde los pliegues de las arrugas y la contracción de la carne desfiguran mi antiguo parecido físico. Mis ojos marchitos se han sumido tanto en sus propias tristezas que son apenas unos trazos rasgados y mis pocos cabellos canosos ya no cubren la piel de mi cabeza y se me han caído algunos dientes y sólo tengo unos cuantos quebrados y otros despostillados. Observo con mucha atención quien está sentado frente a mí y es un joven como cuando yo era de su edad y cuando me ofrece una sonrisa me maravillan sus cabellos negros relucientes y su rostro que muestra la frescura de su mocedad. Por eso, quien me observa con atención, sentado frente a mí, y mira mi estado físico, no quiero abrir los ojos y no deseo ver mi cadáver que seguro debe tener un aspecto desagradable, bochornoso y humillante. Sobre todo repugnante y mi piel debe tener el color violáceo y cenizo como todo despojo humano y mis manos deben de verse cadavéricas cuando en otros tiempos eran tan amablemente suaves y rosadas y mis párpados, estoy seguro, están congestionados y por las fosas de mi nariz y mis oídos saliendo finos hilos de sangre que se deslizan por mi cuello enjuto.

¡Debo de admitir que estoy muerto! Sólo me faltaba escuchar en mi interior mis huesos crujiendo como engranajes que se van despedazando y que cada vez me voy haciendo más pequeño, mucho más pequeño de lo que puedo imaginar y nadie se da cuenta de ello. ¿Qué debo de hacer para que sepan que me estoy muriendo o me despierten de esta horrible pesadilla? Deberían de ponerme mayor atención o quizás ya lo han hecho y me han colocado dentro de un ataúd y no logro comprenderlo todo y eso sería lo último, ese debe ser el motivo de esta horrenda oscuridad. Aunque como dije al principio, lo mejor es

pensar con mucha serenidad y antes que nada debo de creer que todo esto no son más que tonterías y son ideas que me vienen a la cabeza por estar en esta levedad que en cualquier momento ante la presencia y el llamado de Divina Sara me diga que ya es tarde. Será entonces cuando despierte. Espero con ansias que algo inesperado suceda pronto porque no puedo esperar más, tengo muchas cosas pendientes que hacer. La noche anterior, antes de escuchar los gatos sobre los tejados y escuchar la voz semejante a la mía, había estado multiplicando, sumando y restando, sobre el proyecto que pondrá en marcha la dirección de asuntos sociales y desarrollo comunitario, donde soy el responsable inmediato de mi jefe, don Ernesto Pinto, quien por cierto conociendo mi vocación por la escritura, me obsequia, de vez en cuando, algunas novedades literarias. Lo que no explica don Ernesto Pinto es cómo puedo mezclar las matemáticas y la literatura y le respondo contando las palabras y las frases para que tengan concordar. Si usted escribiera una carta, le explico, tendrían rima y hasta ciertos rasgos de prosa porque las matemáticas, también riman las palabras. No, me dice, riendo, la política no rima, mejor déjalo así.

Lo más sensato, sin embargo, mientras nada de esto suceda, es no pensar en nada y debe ser lo más reconfortante y así disfruto más la cómoda almohada y sentir el torrente de sangre que corre por mis venas porque escucho claramente los latidos del corazón y las palpitations en la sien y noto todo mi cuerpo palpar como nunca lo había escuchado y confirmo, al fin, que es un milagro la vida, la vida que sólo en este momento, tiene el mayor significado y que nunca le había dado su verdadero significado por andar pensado en cosas insustanciales, un siendo importantes para vencer tantos obstáculos para mantenernos, curiosamente, vivos. Eso es, estoy tan vivo como siempre, muerto no escucharía nada y no puedo dejar de dar gracias a quien nos ofrece la oportunidad de mirar el cielo, la grandeza del mundo, el universo, tocar obras extraordinarias realizadas por el hombre, escuchar la música que nos impulsa a soñar, sentir cómo el amor se trasmite por besos y caricias, tal vez ello, si bien sólo fueran unos minutos más de vida, finalmente, es un milagro y difícil de explicar. Intuyo que algo me está horadando el estómago. ¿Serán los gusanos? No, no puede ser, posiblemente es el hambre por no haber cenado anoche y ahora debo de estar más convencido que estoy soñando porque me he quedado dormido un poco más tarde de lo acostumbrado, pues me dormí muy de madrugada y por eso debo de darle la razón a Divina Sara cuando me dice que duermo mucho, un defecto que no he podido corregir nunca, ya que nunca me ha sido posible ponerme de acuerdo con las horas del día y de la noche, un verdadero asunto de la mente, pienso.

10.

Aunque ahora recuerdo que antes de estar en esta difícil situación estaba leyendo y serían tal vez las tres de la madrugada y tomé mucho café y fumé varios cigarros, ya lo he comprobado, me quita el sueño y me perturba la memoria y a veces alucino y también recuerdo bien ahora que cuando apenas empezaba a pegar los ojos y el cielo empezaba a tornarse violáceo, casi de día, llegó a la casa Romualdo que venía acompañado de mi amigo Asensio y entre un gran desparpajo hicieron que me vistiera y nos fuimos a casa de Isidora allá por unas calles perdidas de la ciudad. Había mucho sol y un calor de infierno. Isidora nos recibió con mucha alegría a los tres. Nos dio refrescos y galletas y nos metió a su recámara y nos sentó en su cama y nos puso frente a una mesita con una franela roja y empezó a contar sus sueños como historias verdaderas. Yo me sentí confundido cuando contó otras de la vida real y que eran muy similares a sus sueños, en realidad, nunca pude saber cuáles eran las historias reales y las relacionadas con sus sueños. Y sin decir nada más se puso a barajar las cartas y a hablar de predicciones que nada tenía que ver con nosotros y entonces me dijo que tenía la cara desmejorada y mis ojos tristes y se dispuso a leerle las cartas a Romualdo. Barajando las cartas le pronosticaba que pronto recibiría mucho dinero y se acostaría con mujeres que ella conocía, muy guapas y jóvenes por cierto, y que de un momento a otro recibiría la llamada de un señor muy importante que le ofrecería un negocio y en esos momentos le llamó por teléfono este señor y todos quedamos sobrecogidos, sin poder decir nada. Su problema de dinero se había solucionado y Romualdo no cabía de alegría. En esas, animó a nuestro amigo Asensio para que Isidora le leyera las cartas y éste aceptó. Quedé sorprendido porque todo lo que le leía a mi amigo Asensio parecía que Isidora lo estuviera leyendo la mente. Hasta ese momento conocimos los secretos que guardaba nuestro amigo y cuando me leyó las cartas a mí me remitió de inmediato a mi actividad en la oficina pública y mis impulsos eróticos que me despertaba Celia López, la hermosa secretaria de mi jefe y mi oculta vocación por escribir y narrar aspectos sobre las ilusiones y las horas inconclusas. Isidora me aclaró que debería poner mayor atención a este gusto íntimo y me predijo que sería un escritor de mucho éxito, pero le respondí que no había pensado en esa posibilidad y ese mismo instante Romualdo, riendo, dijo, que sólo me faltaba una mujer a quien amara de verdad para alcanzar el éxito. Romualdo no sabía y creo que tampoco Isidora, que yo no deseo ser escritor, más bien un eficiente y honesto funcionario público, porque en mis manos está que se lleven a cabos los

proyecto de atención social y quiero ver feliz a la gente. Escribir es un gusto, le aclaro, y ríen. Además, no saben que Divina Sara es a la única mujer que amo, pero Isidora, me extrañó, no sé porqué, nunca la vio en las cartas, sólo apareció Celia López que nada tenía que ver con ella. Pero Isidora me aclaró que estaba en mi destino y que tarde que temprano me cruzaría con ella y caí en una confusión y deseché esa posibilidad. Pero Isidora, insistió una y otra vez, que todo se cumple a su debido tiempo y las cartas no mienten me asegura y yo reflexiono y extrañamente veo todo en azul como si sólo faltara dibujar las imágenes que me describe Isidora. Luego Isidora ordena las cartas, las envuelve en un paño rojo y las guarda, se levanta, y abraza a Romualdo a nuestro amigo Asensio y a mí y nos explica lo que van a comer ese día y vemos la carne, las verduras, el agua hirviendo y sus familiares yendo y viniendo por toda la cocina.

No aguanto el calor y salimos de su casa y el sol nos da un golpe de luz en la cara y veo a Isidora desde la calle, parada en la puerta, con el rostro sudoroso y se pasa las manos por el cuello y se ve feliz. En al camino de regreso voy pensando en lo que me dijo Isidora y cuando llego a la casa le platico a Divina Sara por las que he pasado y me dice que hasta dónde he llegado y se ríe y me suelta una frase que me deja atónico: ¿no te dijo que hay otra mujer en tu vida? y le contesto sinceramente que sí y me responde con un gesto de niño haciendo puchero y se levanta de donde está sentada y me abraza por el cuello cariñosamente y le ofrezco un beso en la boca y la siendo húmeda y me excita. Sigo pensando en las cartas y lo que me agrada de ellas es la del rey de espadas montado en su caballo porque nuevamente me llevan a la niñez y recuerdo las historias del Príncipe Valiente a todo color cuando leía en un periódico que mi padre llevaba a la casa todos los domingos y veo a mi padre imponente, leyendo como si hablara solo. Además, el colorido de las cartas siempre me trae a la memoria los gritos de las loterías y oigo entre esos mismos colores la música triste de los circos para niños pobres y no olvido las fingidas sonrisas melancólicas de los payasos despidiéndose de mí como si nunca jamás nos volviéramos a ver.

Tengo la impresión que todos han salido de la casa porque puedo sentir con claridad la suave brisa que entra por la ventana y me siguen llegando al oído el suave roce de las hojas por el viento, y seguro que Divina Sara fue al mercado, tanto que le encanta ir al mercado y comprar frutas y verduras y escoger con delicadeza la carne de res y de gallina, las frota, las toca, las huele y va viendo con mucho ojo la coloración de cada una de las piezas, regateando los precios porque dice que es la única forma de que podamos sobrevivir a las

condiciones precarias en que nos encontramos y yo le digo que no sea tan medida con la comida que algún días las cosas se van a componer porque en la oficina donde trabajo, mi director, desde hace tiempo, me tiene prometido un ascenso.

Divina Sara compra uvas y manzanas y cuando está de buen humor se sienta frente a la ventana y se come una manzana y un racimo de uvas mientras dice que está muy bonita la tarde y me dice que le gustaría ver el mar a estas horas, pero ella sabe que no me gusta el mar, no sé por qué, me dice, si es lo más bello del mundo. Habla con desconsuelo porque de todos modos debe de estar muy lejos el mar y tendríamos que hacer un viaje especial de muchas semanas, razona. Ilusionada, insinúa que deberíamos de pensar en salir el domingo de la ciudad y ver la tarde desde lo alto de la carretera que también es maravillo y recuerdo conmovido que una tarde, como la que se imagina Divina Sara o muy parecida, fue cuando nos conocimos después de salir de la escuela donde estudiábamos los dos, pero lo que no me acuerdo exactamente de la época del año. Debió haber sido como verano porque había mucho aire y los árboles de los parques tiraban muchas hojas y Divina Sara con sus dos manos se ceñía la falda a sus piernas para que no se la levantara el viento y giraba su cuerpo para uno y otro lado y yo exclamaba, te ves muy bonita, y reía a carcajadas, mientras le salían lágrimas en los ojos por el polvo que levantaba la ventolera. El pelo le cubría la cara y no hallaba qué hacer, sólo le supliqué que se abrazara a mi cuerpo para que camináramos y me dijo que era lo mejor. Fue entonces cuando nos juntamos más el uno al otro sintiendo que algo raro nos estaba ocurriendo y cuando más arreciaba el viento más nos estrechábamos. Hasta que nos besamos y ella me dijo que estábamos locos, mientras la ventolera cobraba forma de un gran remolino y envolvía a toda la ciudad.

Desde entonces he amado siempre a Divina Sara. Desde que la vi, desde siempre, se lo repito cada vez que la miro cerca de mí y le comento que la he amado desde aquella vez y me da un beso en la boca tan prolongado que no me deja respirar y luego me asegura que seguimos siendo unos locos. No creo haber amado nunca tanto a una mujer como a Divina Sara y le confieso que tiene encanto de ángel y me pregunta cómo son los ángeles y le digo que son blancos y con alas y me responde, yo no tengo alas y se ríe porque me asegura que le estoy mintiendo, en este instante me miro en sus ojos y me sumerjo en aguas profundas, encontrándome en la casa donde nací triste y oscura, con su jardín marchito y las ventanas abiertas de par en par sin descubrir a nadie. Pero yo escuchaba unas voces que provienen del interior y de muchas partes, alcanzado a ver sombra sentadas en sillas que platican bajo la sombra de un

gran árbol reverdecido y floreado, filtrándose al suelo añicos de luz solar y escucho el canto de chicharras y pájaros que están escondidos entre el follaje del árbol.

11.

En el horizonte veía extasiado el sol bermejo de la mañana y a lo lejos la ciudad fosforecida y encima, en los cielos, volaban unos gavilanes y zopilotes, giraban y giraban hasta cansarme la vista y sin saber cómo caía en una alberca gigantesca con aguas profundas y azules y me hundía en ella. No podía gritar porque me ahogaba y veía el rostro de mi padre que se deshacía en llanto y poco a poco una luminosidad albina me estremecía y este último suceso me lleva a pensar que vivía porque entre una suave y ligera penumbra podía ver la ágil figura de Divina Sara. Me sonreía con cierta ternura. Un poco recuperado de aquellos angustiosos momentos le pedía que nunca me olvidara y ella tomándome las manos me decía, si no te vas a morir, pero yo le repetía que me lo prometiera y me lo prometía como si estuviera yo viviendo los últimos minutos de mi vida.

Me sentía débil cuando Divina Sara dejaba escurrir una lágrima por su mejilla y cuando finalmente salía de la crisis y me llevaba del brazo caminando por la calle, alumbrada por unos cuantos focos mercuriales, casi a oscuras. Me recomendaba, que no debería de exagerar, porque ella podía morir primero y me asustas, me reprochaba. No hablaba más del asunto y me contaba todo lo que había hecho en su casa en la mañana, desde ir a trabajar a la oficina, hasta contarme que se había puesto una falda verde y una blusa color durazno y me pinté de color rojo los labios y me comentaron qué bonita te ves y pensé en ti. Si hubieras podido verme en esos momentos, me reveló sonriente, se me pusieron las mejillas coloradas y encendidas. Después, en la tarde, regué el jardín y corté flores y limpié y arreglé la casa, platicué con mis hermanas y mi mamá que está feliz porque mi hermano mayor será padre y ella abuela por primera vez. ¿Cuántos hijos tendremos nosotros? Me preguntó. Entonces empezaba a llover y corríamos sin descansar hasta llegar a su casa y no nos despedíamos hasta que se calmó un poco la lluvia y nos despedíamos con besos. En la distancia antes de doblar la esquina la veía aun de pie en la puerta de su casa. Levantaba una mis manos y ella hacía lo mismo.

No dudo que pronto voy a despertar porque oigo no lejos el tic tac del reloj. Es posible que todo vuelva a la normalidad como hace unas cuantas horas antes

de entrar en otro espasmo de somnolencia. Han transcurrido mucho tiempo y escucho que Divina Sara se acerca a mí, seguro que viene a despertarme y pronto habré salido de este horrible trance y tendré que contarle, como siempre, lo que me ha sucedido y no puedo reservarme por todo lo que he pasado y porque ella, conociendo su sabiduría natural, encontrarle alguna interpretación y explicarme qué me sucede durante estas largas hora fuera del entorno real de nuestra familiar y el hecho de vivir tiempos por venir y otros recuperados.

Divina Sara entra en la recámara pero no se ha dirigido a mí y se ocupa en arreglar mis hojas de trabajo que traigo de la oficina, libros y revistas y limpiar el cenicero y tirar las colillas de cigarro al bote de la basura. Entreabre las cortinas para que penetre un poco luz que por su débil claridad debe ser las cinco de la tarde. Estando de espalda me empieza a platicar como si yo estuviera despierto. Me cuenta que estuvo hablando con la vecina y me dice que es una mujer muy triste, hace mucho tiempo que la abandonó su marido con sus dos hijos pequeños y la estuve consolando y le dije que no se apurara y que pronto hallaría a alguien que la quisiera a pesar de su situación, ya lo verá vecina, le dije, siempre hay alguien que se fije en nosotras.

No sé por qué hablaba de nosotras, si yo pudiera hablarle se lo reprocharía y le exigiría que me aclarara este punto, aunque conociendo bien a Divina Sara, seguramente me respondería que era una cuestión de solidaridad con la vecina porque al fin y al cabo todo puede ocurrir en esta vida y no puedo asegurarle a la vecina que es la única mujer sola y que está en situación de abandono, porque cualquiera puede estarlo, mi vida, entiéndelo. Y en la misma plática me recuerda que no me olvide que no hemos pagado la renta ni el teléfono ni la luz y tú cobras no sé hasta cuándo y después vienen otros cobros por lo que este año nos va pintando mal desde el primer mes, casi como siempre. Y como siempre también llegamos a navidad con los brazos cruzados. El mes de sueldo y tu aguinaldo, apenas nos alcanza para una triste cena y me cambia la plática para no llegar a peores lamentaciones. Deseo responderle pero no puedo, mientras, la veo darme la espalda y lleva en sus brazos mis camisas sucias y unos pantalones doblados.

Me deja inquieto porque la navidad empieza a rondar por mi mente que es un acontecimiento que desde niño me alegra el corazón como si esperara ver ese día que suceda un milagro y lo sigo esperando hasta hoy, aún, con el mismo entusiasmo y a pesar de mi edad. Porque todo lo que se va organizando en torno a ella, como las luces y lucecitas y la música y las canciones y los

árboles con sus esferas de todos los colores y los regalos y las comidas y los dulces y las ilusiones que se van acumulando me llenan el corazón de muchas alegrías que no sé hacia dónde quiero llegar y me estremecen y me cambian todo mi estado espiritual y me dejo llevar por un mundo lleno de fantasías y las noches y los días de diciembre se me hacen cortos y deseo que estos días no transcurrieran tan rápidos y entonces reflexiono que lo que no quiero ver que son los años de mi infancia que quedaron allá atrapados dentro de mí y que no quieren abandonarme y me sujetan y me gritan que vuelva con ellos.

Mi nostalgia por la navidad es por no poder volver a ver a aquellos años, aunque por adentro tengo la impresión que deben de estar en algún lado esperándome con sus fanfarrias y dulces fantasías, es como si fuera otro mundo que existe y que de algún modo algún día debo de regresar. Aunque no puedo negar que las vísperas, las posadas, las reuniones familiares previas, me parecen más extraordinarias porque son el principio de mis fantasías y me llevan a recordar con extrema claridad el pasado cuando era niño, un niño pobre, y veía por las ventanas los arbolitos de navidad de los vecinos y me quedaba absorto viendo con el pecho contraído todo lo que ocurría en esas casas que eran para mí lujosas y gente con muchos privilegios. O cuando estaba sentado en alguna sala en la casa de algún amigo en mejores condiciones que yo y veía deslumbrado las esferas de muchos colores destellantes. Veía lo que hoy veo en mis sueños, y no sé por qué, porque, no sé si era alguna premonición o alguna intuición, se asomaba un rostro muy parecido a Divina Sara en cada una de aquellas esferas. No podía ser otra mujer porque desde entonces no me he imaginado ningún rostro de esa manera, tan tierno y dulce. Esos son los recuerdos que me traen cada Navidad.

12.

Me siento más aliviado y creo que debo hacer un esfuerzo para abrir los ojos. El fresco y el aire han dejado de sentirse y hace mucho calor. Deben ser las siete de la noche y es la hora del bochorno y oigo claramente el vuelo de las moscas y Divina Sara debe de estar cocinando o arreglando su ropa porque sólo escucho unos suaves pasos que van de aquí para allá y un arrullo entre labio y nariz, fino y delicado lo que me indica que debe estar solfeando alguna canción. Aunque no creo que no sea conveniente que abra los ojos en estos momentos, ella se sorprendería y dejaría de hacer lo que está haciendo para preguntarme por qué he dormido tanto y yo no sabría qué responderle. Mucho menos explicarle que he estado en un transe misterioso y extraño, un sueño o

una pesadilla o no sé qué y entraría en una situación inconsolable de pánico y no quiero verla en desconcertante situación.

Eso sería para ella insoportable y no me creería y me diría, por qué siempre tienes que hablar de cosas desagradables y por qué nada más piensas en eso. Mírate en el espejo y te darás cuenta que estás más sano que yo. Sólo estás pasando por algún trastorno emocional pasajero, pero debes darte ánimos. ¿O acaso ya no significo nada para ti? Dime realmente qué te sucede, ya no lees como antes ni escribes ni me lees los poemas que tienes ahí revueltos y ¿qué pasó con los poemas? ¿Nada? Qué quieres que haga contigo, más alegría no puedo darte y tú me estás matando con tus deprimentes estados de ánimos y sobre todo que no comes y sólo duermes y qué piensas hacer, ¿dejarte morir? Mira Santiago, mi amor, el día es mejor que el de ayer, fíjate bien y alégrate y deja esa cara de decepción. Hoy hace muy poco calor y en la tarde podremos ir al cine y caminar por el parque y si quieres dejamos a los niños en casa de mi madre y nos llevamos unos centavos y compramos helados y podemos ir a las librerías y ver las novedades.

Eso me diría Divina Sara porque la conozco bien y sé que su carácter no es de aquellos que se atemorizan fácilmente y sabe enfrentar la realidad con entereza y es muy fuerte para vencer la adversidad y nada la detiene. Estoy seguro que para entusiasmarme un poco y que me sienta cómodo me ofrecería café y me pondría un plato de galletas. Me traería revistas y hasta el periódico con su sección cultural y si quieres, me diría, puedes encender la televisión y ver la película que más te gusta. Hace tiempo que no ves películas clásicas en blanco y negro, me alentaría, o quieres mejor escuchar canciones que yo sé también que a estas horas te gustan las románticas y los boleros, me diría riéndose porque parece adivinarme el pensamiento y disfruta hacerme bromas.

Pero no es una broma porque a mí me gustan todas las románticas y los tangos y los danzones y todo eso que con el ritmo y las notas nostálgicas y las voces únicas de otros tiempos me llevan a recorrer épocas para mí sólo imaginadas. Pero que aquellos momentos me hubiera gustado vivir. Así como las canciones románticas interpretadas por voces y guitarras que me ponen nostálgico, como si esas canciones tuvieran alguna relación conmigo, le digo a Divina Sara. Le confieso que son las canciones que cantaban mi madre y mi padre y me contesta que ya de eso hace tanto tiempo como para meterse a relucir sentimientos que nada tienen que ver con estos días y qué quieres que haga le digo, me voy a morir con esas canciones y no me gustan otras. Es un problema de deformación mental y trata de olvidar el pasado y trata de vivir

actualizado, me dice incómoda. ¿No tienes otras canciones que te ablanden el corazón? Y contesto rápido que no porque ninguna otra me hace recordarla a ella ni me vienen a la mente mis aventuras que tuve en bares y cantinas en la ciudad de México. En ese preciso instante veo al niño que está sentado en una silla en el corredor mirando el horizonte y voltea el rostro ligeramente para mirarme que estoy tendido en mi cama y alcanzo a verlo desde mi propia imaginación. Está triste y no me dice qué quiere de mí y yo no puedo preguntarle nada porque no veo su rostro y cada vez presiento que me mira, mientras su rostro es sólo un destello y me deja confundido y escucho una voz que viene desde el interior de la casa y me grita que deje de pensar en esas cosas, por favor, y piensa que tu niñez no volverá jamás, me suplica Divina Sara, pues sigue pendiente de mis pensamientos.

El silencio se ha profundizado y extendido al grado que ahora no percibo ningún ruido. Recobro un poco la razón y creo que Divina Sara no ha estado en casa todo este tiempo y sigo pensando que todo sigue siendo pura imaginación o producto de un sueño nunca más soñado. Lo más seguro es que debe ser muy tarde y de haberme visto Divina Sara en la situación en que me encuentro ya me hubiera despertado y si después de moverme el cuerpo no despertara ya se hubiera afligido y estaría llevándome a al hospital y diciéndome, despierta Santiago, por favor, no te hagas el dormido. Son las tres de la tarde y escucharía sus angustiadas palabras, sí doctor, verdad que sí tiene palpitaciones, sus ojos doctor, examínele los ojos, cómo lo ve, bien ¿verdad? ¿Entonces qué le ocurre a mi esposo? Sin encontrar una respuesta esclarecedora, Divina Sara se vería muy agitada por no saber qué me sucede y entonces sí estaría segura que ya no voy a despertar y empezaría a llorar y a decir por qué Señor, por qué, y yo no podría consolarla ni abrazarla y decirle que voy despertar y que no me está sucediendo nada y que sólo he caído en un sueño extraño y pesado y que de un momento a otro estaré bien y me levantaré y le daré un beso y le contaré qué pasó durante todo este tiempo y, desde luego, se llevaría una sorpresa cuando le diga que no he soñado como otras veces, sino que ahora he estado perdido entre el sueño y la muerte.

Qué sorpresa, en estos momentos sí puedo escuchar las palabras de Divina Sara que vienen del patio, hablando a solas dice, me levanté muy temprano como siempre y bañé a los niños y los vestí y los llevé a la escuela y fui el mercado y me puse a limpiar la casa y pude ver a Santiago que estaba profundamente dormido y como siempre lo miré enroscado y cubierto con una sábana hasta el cuello y tenía una revista encima y un lápiz y un cuaderno. Me asomé a la recámara y pensé, este hombre no se levantará hoy y me fui a

buscar a los niños a la escuela y comieron y se sentaron ha ver la televisión y yo me puse a planchar y fue cuando me extrañó que Santiago siguiera durmiendo. Eran ya casi las seis de la tarde y nunca duerme hasta esas horas, aunque en muy raras ocasiones ha ocurrido, pero de eso ya hace mucho tiempo, vivíamos en la otra casa, cuando pagábamos renta, y de vez en cuando se tomaba sus copas. Por eso no he intentado acercarme a él ni intentado moverlo ni hablarle ni nada. Mire vecina, me dice Rosita, que tal que esté muerto y yo ni me he dado cuenta, un muerto todo el día en mi casa y yo cantando y jugando con los niños, es imperdonable y no podría soportar esta desagradable situación. Su voz se va apagando junto con su llanto y vuelve el silencio a envolverlo todo y mi cuerpo cada vez va perdiendo su verdadera proporción, sólo flotan mis pensamientos suspendidos en el ambiente soporífero que reina en la casa y no hay otra cosa en que pueda pensar.

A pesar que no he podido explicarme aún qué me sucede puedo seguir viendo a Divina Sara y debo de hacer un gran esfuerzo para despertar de una vez por todas y decirle todo lo que me ha sucedido aunque ella tal vez no me comprenda. ¿No me crees?, si, te juro que he dormido muchas horas como nunca y he soñado que estaba totalmente muerto y para mi desconcierto, porque algunas veces Divina Sara es desconsideraba conmigo, me diría riéndose, no me vengas a contar tus historias como sueños porque yo te he estado mirando que vas de aquí para allá con tus libros y no sabes qué hacer, no sé en que andas pensando. Te pones y quitas los lentes y te sientas y escribes y luego vas y te sirves café y fumas, coges una revista y la hojeas y luego revisas el periódico y te pones a mirar a los niños por la ventana que están jugando en el patio y ahora me sales que vas a platicarme que estuviste durmiendo toda el día y la noche y que tuviste los sueños de siempre que ya me los sé de memoria, cuando lo único que sufres es la consecuencia de la desvelada, pues no te has acostado a dormir desde ayer. Aunque si deseas, si esto te hace sentir mejor, porque sé que no descansas hasta no hablar sobre lo que te hace padecer, siéntate y cuéntame y dime qué fue lo que soñaste y cuándo y veo el rostro de Divina Sara cerca de mí y sus ojos son dos brillantes relucientes que me transmiten una gran melancolía y una soledad que me envuelve y me duerno en sus brazos.

Oigo el silbato de un tren y yo voy dentro del tren buscando dónde sentarme y Divina Sara se despide de mí desde una estación que está a la orilla de la ciudad y la tarde es la misma como aquella cuando nos conocimos y la veo clara y reluciente desde una las ventanillas y siento como si no volviera verla jamás, pero la miro contenta y yo alzo la mano y ella me grita y me dice,

cuídate mucho Santiago y no dejes de escribirme aunque no sé exactamente adónde voy. Estoy pensando que no debí tomar este tren porque yo le tengo miedo a los trenes y el viaje es muy largo y nunca pregunté en cuántos días debo de llegar al lugar donde alguien me debe de estar esperando, porque alguien me debe de estar esperando para contarme con todos los detalles lo que me ha estado ocurriendo y sacarme de toda duda porque este el propósito del viaje por el contrario no me hubiera arriesgado a realizarlo y menos cuando no estuviera seguro de ir tras una auténtica respuesta y sobre todo que es mi último recurso para volver a encontrarme con Divina Sara y retomar la vida como antes. Tengo que controlarme y dejar de pensar en los sueños y en la muerte porque lo más urgente es salir de esta terrible situación y después, todo aclarado, le escribiré a Divina Sara para contarle cada uno de los percances por los que he pasado y que pronto estaré en casa aunque no se si pueda enviarle una carta porque no sé si allá a donde voy tengan lápiz y papel y estampillas y sobres y correos. Pobre Divina Sara se va a poner triste si no le escribo y me vienen de nuevo las preocupaciones y creo sentir lo mismo que al principio y yo sin poder hablar con ella para decirle que está empezando a llover y ella ha dejado la ropa tendida allá afuera. La lluvia me calma mis angustias y veo serenamente a Divina Sara mirando por la ventana y no sé cómo decirle que no deseo emprender este viaje porque también me parece extraño.

13.

Regresé a casa temprano, estaba cansado pero no tenía deseos de acostarme y menos abrazar mi cuerpo con el cuerpo de Divina Sara que a esa hora ya estaba durmiendo y me fui a buscar en las cajas que se encuentran una sobre de otra en un pequeño cuarto que está en la cocina. Abrí una de ellas y me encontré con un libro sobre viajes a oriente y me dirigí al cuarto desocupado que está en el segundo piso. Abrí las puerta y encendí la luz de la lámpara y cuando me sentaba en el viejo sofá cama me vi que estaba acostado en la abandonada cama que desde hacía mucho tiempo habíamos dejado de usar. No me sorprendí, pues el cansancio empezaba a causarme sueño. Cogí el libro con desgano y lo abrí y recorrí mis ojos por la páginas tratando de encontrar algunas descripciones atrayentes y que al mismo tiempo, no entiendo por qué caí en esa idea, traté de encontrar explicación sobre lo que me estaba ocurriendo en esos instantes y cuando realmente no existía un elemento de realidad como para caer en estado de preocupación. Posé la mirada con suspicacia en quien estaba acostado y me quedé pensativo, pero sin llegar a

tener una imagen precisa en mi pensamiento, siempre críe verme así, desde lejos, y resultaba que todo era producto de mi imaginación. Son tus fantasías, fantasmas y tantas otras obsesiones que traes en la cabeza, me ponía en claro Divina Sara, con expresión de incomodidad.

Bostezando cerré el libro con desenfado y crucé la pierna y coloqué el libro encima de mi rodilla y me observé con mayor detenimiento, estaba ahí acostado, abandonando y me vi extendido en la cama y desnudo y con una expresión de absoluto reposo. Me aseguré que no necesitaba nada, me levanté y fui al cuarto donde dormía con placidez Divina Sara. Me quité el pantalón y la camisa y me metí en la cama y me arrimé al cuerpo de Divina Sara y me encendió el contacto con su bien tornado cuerpo y sentí que sus carnes tibias siempre estaban dispuestas para mí y me llené de satisfacción y felicidad y orgullo. Me llené los pulmones del aroma de su piel y saboree el aguamiel de sus labios azucarados. Junté mi cuerpo más a Divina Sara como si tratara de fundirme a ella pero en eso me recordé que estaba en el otro cuarto esperando una respuesta que de no encontrarla era difícil que me dejara reposar como deseaba en esos momentos y no sé porqué, pero sentí una enorme tristeza que me hacía sentir culpable por algo. Me invadió una profunda soledad que como nunca creí estar desamparado, totalmente solo en el mundo y derramé una lágrima inexplicablemente. Me acomodé de nuevo y extendí mi cuerpo como me encontraba en la otra habitación y empecé a interrogarme qué hacía allá y porqué esperaba que volviera para que el otro despertara y me dijera que todo estaba bien. Quise despertar a Divina Sara para que me dijera qué podía hacer y cómo responderme todas las interrogantes que me hacía en la otra habitación y que me dijera qué sucedía y por qué no podía despertar y venir acá para que habláramos los tres sobre esta situación incómoda y vergonzante. Además ella tenía que saber algo y decirme qué estaba sucediendo dentro de mí, pues me conocía demasiado y podía sacarme de toda duda. Pero no, me diría, son tus fantasmas y yo estoy harta de hablar de eso y de todas las cosas que se te ocurren a cualquier hora del día y de la noche, mejor duerme y mañana hablamos, sí, y apaga la luz por favor que sabes tú que me da dolor de cabeza.

Lo más sensato es pensar que una gran mentira que esté en la otra habitación, por otra parte que yo esté perdiendo la memoria y que me encuentre en trance de muerte y ahora estoy seguro de mi lucidez porque recuerdo bien el día que dejé la casa de mis padres y la razón de irme a vivir a la ciudad de México y sé que estaba tan consciente de ello como este mismo instante y nunca padecí ninguna enfermedad tormentosa doctor, se lo juro, usted sabe que he llevado una vida sana y ordenada, la misma Divina Sara, que hoy es una mujer mayor

y sabiendo mi amor por ella, podría asegurarle que cuando me llevaba al hospital es por causas de angustias de soledad y porque como se lo explicaba bien a ella, algún día tiene que terminar todo, y esa es la causa.

Además le decía, no tengo un centavo en la bolsa y este trabajo de escribir apenas deja para comer, corriendo el riesgo de que caer en fatalidades desconcertantes, obsesiones, fantasías y sueños que te sacan de la realidad y transitas día y noche por parajes y aventuras jamás nunca imaginadas por hombre sano alguno. Para mi desconsuelo nadie cree lo que cuentas y dejas de hacer actividades urgentes y se van acumulando hasta que llegas a tener problemas con quienes te rodean porque ellos esperan más de ti. Aún así, yo sigo, a pesar de estas crudas y reales observaciones, pensando en el libro que empecé a escribir hace muchos años y que no logro concluir este último capítulo donde el personaje debe de morir. Aún no lo sé, pero me imagino, que nadie podrá descubrir quien fue realmente este hombre, su nombre y apellido, sin haber tenido conciencia del dolor y que nunca pudo, él mismo, saber explicarle a nadie quien era en realidad y menos a la mujer que amó toda la vida y que, incluso, no pudo retenerla porque ella sabía que era un hombre suelto que no respondía a la realidad.

13.

No dormí por estar meditando por el otro que se encuentra acostado en la habitación contigua y veo el reloj y son las seis de la mañana y presiento que Divina Sara se despertará y me preguntará, como siempre lo hace, qué me sucede y porqué tengo el rostro desfigurado y pálido, porque a mí no me engañas, te conozco bien y con sólo mirarte a los ojos sé lo que te ocurre: dudas de mi amor y eso me altera. Siempre lo mismo Santiago, por favor, me vas a volver loca, eres obstinado y obsesivo y actúas como niño, además no soporto que me chantajees y me obligues a decir cosas que no siento y yo no le respondo y me asombran sus palabras. Ella se acomoda el cabello y con sus dos manos lo acicala y luego bosteza ligeramente, no de sueño sino una expresión de haber dormido placentemente bien, supongo porque contrariamente cuando le pregunto si durmió bien me contesta que se la pasó toda la noche rezando. Es bonita ni sus duras expresiones de estos momentos desfiguran su belleza y su cuerpo delgado y bien redondeado se transparente por la delgada y fina tela de sus bata de dormir. Apenas muestra una suave y casi imperceptible inflamación en sus párpados y una palidez por el sueño profundo o las mismas oraciones nocturnas y que nunca le he preguntado la

razón de su hábito, si por sus muertos, por mí o sus pecados. Y mirándose al espejo y volteando de nuevo hacia mí, me dice, qué deseas saber, dime, y le confieso que yo me encuentro, desde anoche, acostado en la otra habitación y no sé qué hacer con él, porque supongo que debe tener pesadas divagaciones y no puede salir del transe porque cuando caigo en esta delicada situación llego a límites demenciales que me saca de toda realidad. Entonces, le explico, me veo realizando tareas inconcebibles que nada tienen que ver con mi profesión y aunque mi maestro de música dice que tengo vocación cuando me escucha tocar la guitarra y el piano y le recuerdo que este pasatiempo no sólo le disgusta a ella sino que además me reclama que pierdo el tiempo en lugar de seguir escribiendo el libro. Intenta incursionar en tareas administrativas en cualquier un área pública sin ninguna importancia y luchar por un asenso para vivir mejor porque como te he dicho Santiago te sales de la realidad y así no vamos a superarnos nunca, y veo a Divina Sara pensativa, dirigiéndome un mirada escrutadora y me dice que en qué estoy pensando y además de si estoy bien y le digo que yo estoy bien, el que está mal es quien duerme en la habitación contigua y deseo ayudarlo. Divina Sara lanza una carcajada y me dice que por seguir leyendo tanto y escribiendo y haciendo tantas otras actividades ajenas a mi oficio estoy en la situación que le confieso. Además, molesta me reclama que esta actividad no me proporcionan ningún beneficio, como esta novela, que no creo que nos saque del apuro, porque hace diez años que haces y la deshaces y no veo un sólo capítulo concluido, me hartas.

Serena, Divina Sara, admite, te quiero, pero llega un momento en que me sacas de quicio y me pregunta y por qué estas allá y aquí, porque alguna explicación lógica me debes dar y le respondo que no lo sé tampoco, te lo juro, me encontré anoche cuando entré en la habitación y me di cuenta que no estaba del todo bien porque no parecía dormido sino muerto, eso creo Divina Sara, creo que estoy muerto y me levanto de la cama y me dirijo tembloroso y con miedo y me voy a mirar al espejo. A veces creo no existir. Pienso que soy una sola una imaginación que va de un lugar a otro y todo lo que veo, oigo y creo sentir, es un vago sentimiento de inexistencia que no llega a la realidad absoluta porque todo lo que miro se me desvanece y me quedo en estado de indefensión. Imagino que aunque gritara o llorara implorando que me escuchen y comprendan, sé que no lograré nada. Sólo conservo una extraña y atinada comprensión para que no vaya a enloquecer, pero de ahí en adelante no pasa nada, sigo transitando por un silencio de espejos donde creo ver todo y a la vez nada. Divina Sara es la única realidad que me sostiene y hace pensar y razonar. Es lo que me sigue sosteniendo y al mismo tiempo mantener viva

esta fortaleza para discutir la vida como si fuera un asunto de poner y quitar ladrillos y darle la forma que más deseo.

Después de haberse bañado Divina Sara sale desnuda y se viene secando el cabello que hace semanas dejó crecerlo un poco para satisfacerme y porque se ve más atractiva, libre y con una figura mejor esbelta, aunque ella dice que no se da cuenta y se mira en el espejo mientras se acomoda las prendas interiores y se pasa los dedos por los ojos. Estoy sentado al borde de la cama y hasta allá me llega su aroma que es una rara e inexplicable sensación que me trasmite su piel. Más que disfrutarla me produce una atracción y me provoca una gran excitación y seguridad como si fuera la última isla del mundo y una motivación constante para tener motivo de hacer lo que hago. Pero Divina Sara no lo sabe y cuando medito esto me dice y qué vas hacer con el otro, porque algo debes hacer por el otro si es que estás seguro de que existe, y yo le respondo que sí, que algo debo de hacer porque debe de estar sufriendo mucho. Explicándole que esta debe la causa de mis últimos estados de ánimos despavoridos y debo de ayudarlo a vivir o morir porque alguno de los dos debe descansar en paz, ya sea en esta vida o en la otra. Divina Sara lanza una carcajada y me dice cómo se te ocurre esta idea, solo tú puede pensar tantas cosas así, no te digo. Hay mi vida, vas a acabar mal, más bien, estás mal. Cómo de que tiene que morir uno para que viva el otro si tú mismo me estás diciendo que son el mismo, tú y el otro, sigo sin entenderte. Cada día te entiendo menos.

Las palabras de Divina Sara me desconciertan porque nunca creí que pensara de mí lo que ahora piensa y me deja en estado de desamparo cuando ha sido la única a quien confío todo. Principalmente, ahora cuando tanto la necesito y me hace a un lado y prefiera ser aún más real y convencida de que el mundo es sólo uno y la vida también y yo no estoy en el uno ni el otro, de lo contrario no escribiera todo esto. Logro reponerme y le digo que al morir uno tiene que vivir el otro porque uno y otro. Porque los dos, en estas extrañas circunstancias, se transmiten ideas y pensamientos que se contraponen, así es la realidad rueda entre las obsesiones, fantasías y conceptualizaciones de la pasión y el amor, sin nada que ver como lo que gente que me rodea. No desea saber y ni está interesada en indagar sobre mis preocupaciones. Sé que el otro está sufriendo porque le vi su rostro, casi despierto, y para alguien que está muerto, totalmente muerto, no puede tener facciones tan despiertas. Te lo digo Divina Sara, porque me conozco bien, y tu me conoces más que yo porque siempre me lo dices y lo que me pasa puede estar pasándole al otro. Lo que sufre él me puede afectando a mí y por eso no puedes entenderme. Por eso

estoy aquí frente a ti, sin poder retenerte, cuando tu misma me afirmas una y otra vez que no te separarás nunca de mi lado cuando yo siento que estás ausente y tus pensamientos viajan y se posan en un mundo que no es mío ni conozco. Entonces me doy cuenta que tus sueños no son mis sueños ni tus deseos mis deseos y tal vez sea el motivo de que el otro no muera del todo por estar pendiente qué me sucede a mí. De alguna manera me quiere ayudar y para que esto ocurra, tengo que auxiliarlo. Está más solo que yo. No puedo existir pensando que el otro no consigue conciliar el sueño con la muerte, cuando si logra concentrarse totalmente debe darse cuenta que puede ser lo mismo. Lo importante es no volver abrir los ojos ni la mente y quedarse ahí aguantando cincho, confiado en que morir es sólo es el principio de otro largo viaje y en donde hay que compartir con otras gentes que como pueden ir muy ilusionadas pueden cargar todavía con las penas del pasado. Sólo es cosa de prepararse bien para no ser víctima de las abstracciones de la vida anterior y eso puede estarle sucediendo al otro.

Me baño y siento que el agua es una pesada carga y recuerdo que el otro debe seguir excitado y esperando mi auxilio pero no logro encontrar la forma de que muera o viva porque se trata de mi muerte o mi vida. Si le digo lo que pienso a Divina Sara me diría estás loco de remate y no quiero que me sigas hablando de estas tonterías. Además me alejaría toda oportunidad para que me bese como siempre me besa y la subyugue como la subyugo y acostarme con ella y, como siempre sucede, quedarnos toda la mañana en la cama, realizando el acto sexual uno tras otro sin cansarnos nunca y nos reímos por la odisea y yo le digo que no me cansa y ella agitada me contesta que tampoco se cansa. Pero es sólo un acto generoso para que yo me sienta feliz y le beso los labios con dura firmeza, ensalivando mis labios con sus labios, mi lengua con su lengua, mordiendo suavemente sus labios, tantas veces hasta que sentimos que nos desvanecemos por tanta pasión y el baño de sudor. Ahora recapacito y mi deseo de vivir es más poderoso que el del otro. No sabe lo que realmente significa Divina Sara para mí y todo lo que me rodea ni la extensión de mis sueños que aún no alcanzan la magnitud que deben tener en esta vida. Cuando paso la toalla por mi cuerpo mojado me siento más decidido y responsable de mis actos y no puedo dejarlos en manos de otro. A pesar que el otro pudiera estar esperando la repuesta definitiva para morir o existir, yo también muero y existo sin poder explicarme muchos motivos que tengo para vivir como vivo o estar haciendo lo que hago, sin reprocharme nada y hacer lo que me dicta mi conciencia ... tengo que atravesar el hilo fino que lo define todo.

14.

Hoy soñé con Divina Sara y la vi tierna y joven como siempre y las imágenes fueron contradictorias y desagradables porque yo estaba acostado y había una cama frente a la mía, un hombre acostado y llamaba cariñosamente a Divina Sara y ella le respondía con una sonrisa de tolerancia que me vi obligado a jalarla por una mano para que se acostara conmigo. Obedientemente Divina Sara aceptó y se acostó a mi lado y pude acariciar con mis manos todo su cuerpo y ella lucía joven y bella y observé extasiado sus piernas muy bien formadas y su falda fina y delgada que tenía la cualidad de dibujar todas las líneas de sus caderas. Deslicé mis dedos sobre su piel y no pude contenerme y le dije que era hermosa, tan hermosa, insistí, como desde el día en que te conocí Divina Sara y me dijo, que como siempre, me gustaba decir mentiras y sonreía y sonreía sin poder dejar de sonreír y me sentí atraído y a la vez confundido porque en este mismo sueño yo tenía otra esposa y esa esposa tenía varios hijos míos y yo estaba orgulloso porque todos eran pequeños y todos se parecían a mí y Divina Sara me veía y me sonreía satisfecha y yo la trataba de otra manera, indiferente.

15.

Cuando desperté no pude contenerme y lloré y mis lágrimas rodaron por mis mejillas y supuse que estaba traicionado en el sueño a Divina Sara cuando Divina Sara, aunque lejos, es una mujer amorosa, fiel y sensata, incapaz de cometer un acto de infidelidad. Pero desde que la conocí la he celado y siempre me dice que estoy loco y creo que sí porque mis celos me nacen de su belleza que es una belleza diferente a las demás bellezas porque además de su físico tiene otra belleza que aún no logro adivinar, aunque puede ser su belleza como las nubes que veo en los momentos en que me acuesto en el pasto, melancólicas y románticas y no sé cómo describirlas en este papel porque no puedo levantarme y tomar un lápiz y decir todo lo que tengo que decirle y ella estaría encantada por ello.

Eres un gran poeta, Santiago, y me da un beso en la boca y siento su respiración en mi nariz y su aliento cálido y agradable como de fruta madura. Lo que si sé es que es buena y generosa, aunque ella no parece saberlo porque sus ojos brillan con mayor intensidad cuando se lo comento y dice que no debo confundir el amor y me dice que es el amor que te hace ver visiones, pero no Divina Sara, eres una extraordinaria mujer, digo. Tal vez por eso

siento celos porque a veces caigo en la cuenta que no la merezco, pero cómo vas observarme, como dices que me observas, si te la pasas viendo a las golondrinas y a la lluvia y leyendo poemas y tomándote tu cerveza mientras yo no tengo reposo. Pero eso no te quita lo bonita, digo, y más bonita cuando la veo desde mis sueños y me la imagino en otra parte, en otro lugar y hasta con otra familia que se supone que es la mía, pero que no es la mía porque se muestra triste y esperándome, viendo por la ventana con el rostro y sus ojos puestos en el horizonte. A veces llora porque supone que no voy a regresar jamás y pienso en ella largamente mientras me veo viajando todavía en el tren que me debe llevar algún lugar y que seguramente ella me llevó con el propósito comprensivo de que no sienta los malestares que le he comentado. Es lo admirable de Divina Sara, pues desea con toda su alma que termine de escribir mis poemas inconclusos y deje de pensar en la muerte, pero yo he perdido ese entusiasmo de escribir. Mis dudas son muchas y cada vez más tengo deseos de ver a un especialista para que me explique qué me está sucediendo. Es la primera vez que ando con los días ordinarios totalmente alterados y sobre todo no dejo de percibir el olor a alcanfor y mi vista ve todos los objetos deformados y a veces me dan la impresión de ver fantasmas que me persiguen día y noche. Olvídese de esos malestares y termine lo que está escribiendo, yo lo veo bien, creo que sufre insomnio, eso debe ser, dice el especialista y me receta unas vitaminas. Leo la receta y creo que he vuelto a nacer y creo que puedo hacer lo que yo quiera y es una gran felicidad: unas vitaminas son suficientes para comprenderlo todo, nunca pensé que las vitaminas fueran tan maravillosas.

El tren donde viajo es un tren extraordinario, supongo, porque las personas, desde que me senté, no han dejado de dormir y escucho una música paradisíaca y premonitoria proveniente de un lugar no exacto. Es como si fuera un aire refrescante que viene de todas partes y se filtra no solamente por los oídos sino también por la piel y yo digo qué bien se está aquí, ya no siento el malestar en la espalda ni temor de no abrir los ojos. Las vitaminas me han curado. Pero recuerdo que de eso ya hace muchos años y el especialista ha fallecido. Un buen especialista y buen hombre, pienso, cuando lo veo sentado en un escritorio modesto, en un cuarto muy pequeño y con poca luz, absorto y amables. A la vez y no me cobra un centavo por la consulta y me despide con una palmada en la espalda y me dice que no deje de pensar en el amor. Empiezo a extrañarlo. Cuánto lo lamento. Escucho otra música que es como una graciosa composición para que uno se duerma y no despierte tampoco nunca jamás. Seguramente esto les ha sucedido a todas estas personas que me acompañan en el tren, pues han de llevar muchos años viajando y quién sabe

desde dónde vienen. No muestran cansancio, más bien tienen un aspecto de sueño placentero e infantil.

Lo que no logro entender es por qué viajo en este tren cuando aún no resuelvo mi estado mental y pregunto por qué sucede todo esto y me dicen que no debo de hablar porque puedo despertar a los hombres que duermen en paz, pero nadie me ha podido decir si estoy realmente haciendo un viaje o es que estoy soñando y son más de las diez de la mañana. Si es así, Divina Sara seguro, en su acostumbrada actitud, que no quiere que me levante porque anoche nos dormimos muy tarde tratando de aclarar lo de las deudas y el costo de la educación de los niños y el pago del teléfono y la renta, algo que nos tiene preocupado porque cada día mi sueldo se reduce a unas cuantas monedas. Ella está convencida que debo dejar el trabajo de la oficina pública y mejor ponga un expendio de telas o perfumes o un restaurante porque de lo contrario nos vamos a morir de hambre y eso será tu culpa, dice, y me da un beso prolongado en la mejilla que después me lo lleva a los labios y siento dulce. Sus labios eran mucho más dulces cuando la besé la primera vez, estaban mojados y tibios. Pero yo no hago más que darle vuelta a las cosas para no dejar de escribir, aunque los últimos días confieso que ya he dejado de escribir y de leer, no sé por qué, y me esfuerzo en pensar que debo darle todo lo que ella quiera, aunque si me dedico al comercio voy a dejar los libros y la máquina de escribir y es como si me quitaran lo más grato que disfruto en la vida. Pero Divina Sara insiste que son tonterías cuando realmente la vida que llevamos es de perros. Y llora y me abraza y sus lágrimas se resbalan por mis mejillas y por mis brazos y no sé que puedo hacer con una mujer que me ama tanto como ella. Si no te quisiera tanto, me dice y yo, le digo, si te quiero más que a mi vida, sólo que no sé hacer otra cosa, y vuelvo a sentir el dolor en la espalda y otras nuevas confusiones.

Lo que Divina Sara no adivina en todas estas discusiones es que yo no estoy donde debo de estar y me encuentro del otro lado de la realidad y ando buscando los caminos que me lleven a la luz del día. Creo que lo he hablado con ella, pero ella dice que deje de soñar y recordar el pasado que es lo que realmente me tiene en estado de completa confusión. Pero si el cielo es nublado y triste le digo, y ella dice que no es así, estás soñando o qué, el cielo no está triste ni está nublado, es azul y mira el sol, tiene a las flores encendidas como cristales y sus colores son más resplandecientes que ayer. Si despiertas y miras bien por la ventana podrás mirar el día en todo su esplendor. Hago lo que me dice y veo palomas y nubes que se mezclan y anuncian una tormenta de aires huracanados. Veo un caballo correr en una loma verde y un cielo con

nubes que presagian un gran aguacero. Hablo en voz alta y una voz me responde muy cerca de mis oídos, despierte que en unos cuantos minutos llegaremos a nuestro destino. Pero si yo no he dormido le contesto a un hombre pequeño, blanco, bien vestido, con canas y lentes y me responde, pero si ha dormido desde que iniciamos el viaje. Todas las personas no han hecho más que mirarle sorprendidos porque no sabe usted, por qué lugares tan bellos hemos pasado, y usted no pudo disfrutarlos. Me asombro y tengo la sensación que estoy llegando a un lugar que no conozco y no sé quien me debe esperar y no sé por qué pienso que alguien debe de estar esperándome. El tren va reduciendo la velocidad conforme se acerca a los andenes y veo desde lo lejos a Divina Sara que alza la mano con un pañuelo blanco y mis hijos ven hacia todas partes tratando de encontrarme. Entonces he regresado de un laberinto que nunca supe como se llama, y digo suspirando, por fin he regresado y debo despertar. El dolor de la espalda no me deja descansar.

Siento los labios secos, la garganta y la lengua amarrada como si fuera un cadáver pero Divina Sara no deja de sonreírme y me recibe con los brazos abiertos y se abraza a mí fuertemente, me besa en la boca y en la mejilla y me dice eres un ángel y te adoro y te quiero, te he extrañado tanto y los niños han preguntado por ti y a veces ni quieren ir a la escuela, ayer llovió todo el día y les permití quedarse en casa y no dejaron de jugar con el gato y tiraron una pelota que rebotó por toda la casa y me volvieron loca, estaba arrepentida, pero te digo, lo hice con el propósito de que no te extrañaran tanto. Comimos carne asada con verduras y agua de limón. La niña le dio de comer al gato mientras comía y el niño se pasó masticando largamente un pedazo de carne sólo por llamar la atención. Tan pronto me levanté se lo devoró y me hizo un guiño con un ojo. Cómo me choca que se burlen de mí, tú eres el único que sabes hacer las cosas con paciencia y serenidad, me confirma Divina Sara. Yo respiro profundo y veo el tren que se marcha y Divina Sara me pregunta cómo me fue en el viaje y cómo era la ciudad a dónde fui. Pero no sé qué contestar, porque no conocí ninguna ciudad, sólo soñé y las cosas que me sucedieron no es para contarlas. Debería estar viajando y no aquí a lado de Divina Sara....ella debe estar en casa esperando, creo.

Villahermosa, Tabasco. 2002.